

GEO-2

LAW SPACE

GEO - 2

Colección ESPACIO

GEO - 2

por

LAW SPACE



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

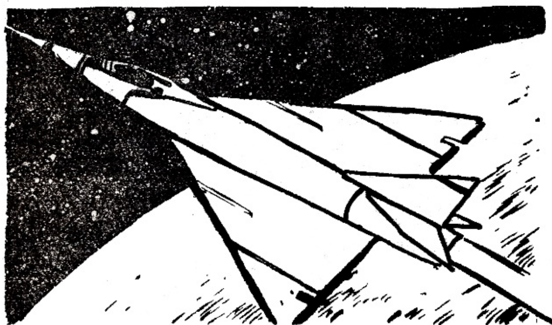
Depósito Legal: B. - 14.865 - 1961

Núm de Registro: 4830 - 1961

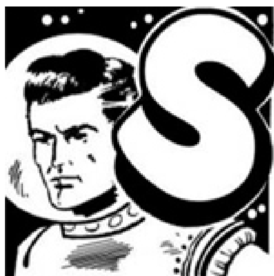
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



E quitó un poco de ceniza que había caído, inadvertidamente, sobre su flamante «smoking». Después, de pie en el extremo de la sala de juegos, contempló con una sonrisa a las personas que envolvían materialmente la mesa de ruleta.

Una de las personas le interesaba más que las otras. Y, para ser más exactos, sólo una parte de la anatomía de aquella hermosa criatura le había llamado, desde el principio, la atención.

El cuello.

Y más que éste, lo que le rodeaba, en una serie de vueltas que dibujaban unas líneas concéntricas, deliciosamente armoniosas: un maravilloso collar de perlas.

El hombre que estaba sentado al lado de la joven tendría más de 40 años y su calva brillaba bajo la luz de las lámparas. Tenía la frente plisada en multitud de arrugas, surcos profundos, y sus ojos habían perdido la luz que había en ellos una hora antes, cuando la pareja se sentó a la mesa de ruleta

Armand sonrió.

Todo iba como había previsto y el «croupier», en el momento preciso, había manejado, el «acelerador» oculto bajo la alfombra, consiguiendo así que el número o el color sobre el que apostaba el hombre calvo no saliese jamás.

Tres veces se había levantado aquel imbécil para ir a por más fichas, dejando en la caja de cambio unos hermosos montones de billetes.

Pero Armand no deseaba su dinero.

Lo que quería era el collar de la muchacha que le acompañaba, ya que las joyas era lo único que podía tener valor en el futuro, puesto que escapaban a las fluctuaciones que el dinero solía presentar de un tiempo a aquella parte.

Volvió a mirarlo.

¡El collar!

¡Qué hermoso era!

Debía de haber costado una verdadera fortuna y era, sin duda alguna, uno de los más hermosos que Armand había visto en su vida. Le fascinaba aquella joya y no podía, por muchos esfuerzos que hacía, separar los ojos de ella.

No obstante, unos pasos le hicieron volverse. Joe, el vigilante de la sala, se presentó ante él.

—¿Todavía no? —inquirió, el recién llegado.

—Todavía no —repuso Armand, con un suspiro.

—Pues no debe de quedarle mucho dinero.

—Eso mismo creo yo.

Hubo una pausa.

Luego, Joe preguntó:

—¿Cuánto piensas darle por él?

Armand sonrió, mostrando una dentadura impecable.

—Bastante. Porque todo se quedará aquí.

—Es cierto.

Y Joe también rió.

Mientras, ante la mesa, Bernard Lower sentía que un desasosiego creciente se había apoderado de él. Estaba seguro de que una fatalidad tremenda le perseguía, ya que ni una sola vez había salido el número sobre el que estaba apostando desde hacía casi una hora.

¿Cómo podía ser posible?

Miraba la ruleta, como hipnotizado, no dando crédito a lo que veían sus ojos. Y las miradas de los demás también se posaban sobre él, cuando él no les miraba, expresando su conmiseración por aquel hombre y su manifiesta mala suerte.

No se atrevía ya a mirar a su hermana Judit, por temor a que ella leyese en sus ojos la decisión que, desde hacía unos minutos, había tomado: iba a pedirle el collar.

No le quedaban más que unos cuantos dólares en el bolsillo y estaba dispuesto a demostrar —sobre todo a sí mismo—, que su mala racha no podía continuar indefinidamente y que cuando el 8 saliese, lo haría constantemente, sin parar, resarciéndole de todo lo que había perdido y permitiéndole ganar un buen montón de dinero.

Era la lógica más elemental la que le dictaba aquella manera de perseguir un número que, aun ciñéndose al cálculo de probabilidades más exacto, no

podía dejar de salir de un momento a otro.

Sudaba.

La voz del «croupier» le hizo sobresaltarse.

—«Rien ne va plus!» ¡No va más, señores!

La ruleta se puso en movimiento y la bolita saltó locamente, como lo había hecho infinidad de veces. Bernard entornó los ojos, clavando su mirada en la línea blanca que, debido a la velocidad, dibujaba la bolita. Aquella línea fue desdibujándose, haciéndose más discontinua hasta que la esfera pareció centuplicarse en otras más que fueron perdiendo fuerza para terminar concretándose en una sola bola que, tras algunos saltos más, cayó en una de las fosas, quedando allí, inmóvil.

—¡Nueve, impar, rojo!—cantó el empleado.

Bernard suspiró.

Durante unos segundos se quedó inmóvil, sintiendo en las sienes el latido fuerte de su pulso, con una sensación de enorme desconsuelo. Luego, levantándose, se apoyó en el brazo de su hermana, separándose ambos de la mesa.

—¿Nos vamos?

Miró angustiosamente a la muchacha.

—No.

—¿Vas a seguir jugando? —inquirió ella, extrañada.

—Sí.

—¿Te queda dinero?

—No.

—¿Entonces?...

Dudó, porque había llegado el momento de hablar claro, de decirle lo que hubiese dado cualquier cosa por no decir.

—Judit...

—¿Qué?

—¡Estoy seguro de que va a salir, pequeña! No puede tardar en hacerlo... quizás esta vez, ahora, cuando no estamos en la mesa.

—Es imposible, Bernard: no saldrá.

—Sí, Julia. ¡No puede fallar!

Y en aquel momento, sin que ninguno de los dos hubiera visto el gesto que Armand hizo al «croupier», la fuerte voz de éste se elevó por encima de los que hablaban en las otras mesas:

—¡Ocho ganador! ¡Ocho ganador!

Bernard se estremeció.

—¿Te das cuenta, Judit? ¡¡El ocho!! ¡¡Ha salido mi número!! Y yo estoy perdiendo el tiempo aquí...

Ella suspiró.

—¿Qué quieres que haga?

—Préstame tu collar...

Judit retrocedió, como si temiese algo, llevándose las manos a la garganta.

—¿Te has vuelto loco? Es el regalo que me hizo papá antes de morir... ¡Por nada del mundo me desharía de él!

—¡Judit!

—¡No, Bernard! Es imposible.

La voz del hombre se hizo suplicante.

—Por lo que más quieras, hermanita. Ganaré enseguida y lo recuperaré, así como todo el dinero que he perdido. ¡Deja que aproveche la buena racha que se presenta ahora! Un solo golpe y nos iremos de aquí.

Ella vacilaba.

Todo lo que le quedaba en la vida estaba allí, frente a ella: su hermano Bernard, bueno y trabajador, pero con aquel vicio que no había podido arrancar de su corazón, a pesar de lo mucho que lo intentó.

Nunca había salido con él y aquella noche se prestó a acompañarle, puesto que Dan, su prometido, había salido del país para ir a hacer unos reportajes en Europa.

Y no era que le pesase haber acompañado a Bernard al casino; pero, de todos modos, hubiese preferido ir a cualquier otra parte, ya que acababa de darse cuenta de qué forma tenía el vicio del juego atrapado a Bernard.

Se quitó el collar, con un gesto sencillo, dándoselo al hombre.

Dijo:

—Toma, Bernard.

—¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias, Judit!

—Ve y juega. Yo te esperaré en el salón de al lado.

Y mientras él se encaminaba hacia la ventanilla de cambio, ella, sin darse cuenta, miró a un hombre elegante, seguramente el dueño de| local, que sonreía complacido,

Pero Judit estaba lejos de pensar que aquella sonrisa la producía su collar.

Fue al saloncito vecino y se dejó caer en un sillón encendiendo después un cigarrillo.

«¡Dios mío! —pensó—. ¿Cómo es posible que Bernard, un hombre tan inteligente, se deje llevar por el juego? ¡Si papá le viese!... Tendré que hablar seriamente con Dan para ver si, de hombre a hombre, convence a mi hermano de que debe alejarse para siempre de lugares como éste...»

Levantó la cabeza, viendo su imagen en el espejo enorme que había enfrente a ella. Y se pasó la mano por el cuello, suspirando. Era como si se hubiese desnudado y se encontraba extraña sin el collar.

Un collar que no volvería a ver jamás.

Estaba completamente segura de que Bernard perdería y que se acercaría a ella con la cabeza baja, musitando promesas de comprarle uno igual muy pronto. Pero ella sabía que no podría hacerlo, porque aunque Bernard como ingeniero electrónico ganaba mucho dinero, era casi imposible encontrar perlas como las que su padre había reunido para hacerle aquel inolvidable regalo.

Suspiró.

Si, por lo menos, la pérdida del collar sirviese para que Bernard no jugase más, estaría incluso contenta de haber contribuido a conseguirlo.

Mientras, Bernard, que había obtenido un precio bastante aceptable por el collar de su hermana, se precipitó a la mesa con los bolsillos repletos de fichas.

Pero, al llegar a ella, una especie de aprensión extraña se apoderó de él. Y volviéndose repentinamente, no colocó más que una ficha sobre el número ocho.

Armand, que estaba tras él, mirando al que manejaba la ruleta, hizo un guiño.

Y el ocho salió, poniendo en los labios de Bernard una sonrisa de triunfo.

¡No se había equivocado en sus cálculos!

Estaba seguro de que el ocho, que estuvo sin salir toda la noche, iba a producir una sorpresa al salir casi constantemente a partir de aquel momento.

Jugó, un poco más y volvió a ganar.

Seguro entonces de que la suerte se había puesto de su lado, puso la totalidad de las fichas, en un montón enorme, sobre su número favorito.

Armand denegó con la cabeza y el «croupier» asintió.

—«Rien ne va plus!»

Voló locamente, de nuevo, la bolita fatal, saltando de un lado a otro, hasta ir frenando su marcha y terminar por alojarse en uno de los compartimentos.

—¡Siete gana!

El rastrillo, bajo la desesperada mirada de Bernard, arrastró hacia el empleado sus fichas, todo lo que le quedaba.

Se puso en pie.

Tenía el cuerpo húmedo de sudor y al andar, vacilaba, como un borracho. Armand le vio alejarse hacia el saloncito, con una sonrisa cínica en los labios.

¡Había conseguido el collar!

También un hombre se levantó de una mesa vecina, dejando abandonadas sus fichas, sin darles la menor importancia. Era alto, de cabellos plateados y porte elegante y distinguido.

Había estado jugando, pero sin hacer mucho caso a la marcha de las cartas en las hábiles manos del «croupier». Apostó con mesura, sin excederse, mirando constantemente a Bernard y a su hermana, a los que no había perdido de vista ni un solo instante.

Ahora, mientras encendía un cigarrillo, vio que el joven ingeniero se dirigía hacia el salón donde su hermana le esperaba.

Judit vio la silueta de su hermano en el espejo. Contempló su rostro desencajado, el rictus doloroso de su boca, el tono mate y apagado de sus ojos.

Y se levantó, yendo hacia él, llena de ternura maternal.

—No te preocupes, Bernard.

—¡Te juro que te lo devolveré, Judit! ¡No jugaré más, pero ese collar volverá a ser tuyo! ¡Te lo prometo!

—Cálmate, Bernard, por favor.

—¡Lo he perdido, Judit! ¡Estúpidamente! ¡El collar que papá te había regalado!

—Vamos al coche, Bernard. Te lo suplico.

Tuvo que llevárselo, del brazo y sentarse ella al volante. Dejó la ventanilla abierta para que el viento de la noche y su frescor contribuyesen a despabilar un poco los embotados sentidos de su hermano.

Éste no dejaba de murmurar que iba a devolverle el collar y se lo prometía y juraba por lo más sagrado. Y ella guardaba silencio, no queriendo aumentar el dolor de Bernard con unas palabras que no hubieran calmado al hombre.

Fue casi al llegar a la casa que Bernard pareció salir de su triste ensimismamiento.

—¡Para, Judit!

Ella obedeció y, volviéndose hacia su hermano, preguntó:

—¿Te ocurre algo, Bernard?

—Quiero bajar del coche.

—¿Para qué?

—Voy a dar una vuelta antes de ir a casa.

—Pero...

—Deja que baje, hermanita. He de reflexionar mientras paseo. Sería incapaz de conciliar el sueño en el estado en que me encuentro.

—Iré contigo —dijo ella, decidida a no dejarle solo,

—No, por favor. Déjame ir solo. No tardaré ni una hora. Pero deseo estar solo.

—Bien... Como quieras.

Bernard abrió la portezuela de su lado y, por primera vez desde que habían salido aquella noche, sonrió a su hermana.

—No temas, Judit. No pienso emborracharme para olvidar: todo lo contrario, deseo meterme unas cuantas verdades en la cabeza. He sido un estúpido, pero aún no es tarde para rectificar.

—¿Prometes volver pronto a casa?

—Sí.

—¿No quieres acompañarme y te dejaré el coche?

—No. Quiero andar un poco. ¡Hasta luego, Judit!

Ella le siguió con la mirada hasta que Bernard dobló una esquina vecina. Suspirando de nuevo, la muchacha puso el coche en marcha, profundamente descontenta por la extraña actitud de su hermano.

Bernard caminaba lentamente.

Era verdad que necesitaba estar solo, pasear solo por la ciudad desierta a aquellas altas horas de la noche. Deseaba decirse todo lo idiota que había sido al dejarse arrastrar por aquel vicio.

¡Claro que devolvería el collar a Judit!

Haría unos cuantos trabajos extraordinarios y reuniría el dinero para volver a comprar al casino la preciada joya. No podía perdonarse el habérsela pedido

a Judit, porque era algo sagrado y el único regalo que la muchacha había guardado en memoria de su padre.

—¡Lo devolveré!

Se encontraba más tranquilo al considerar las cosas desde un nuevo ángulo. Porque, además, estaba firmemente decidido a no volver a jugar nunca más y demostrar, tanto a Judit como a Dan, quien muy pronto sería su cuñado, que había sido capaz de abandonar un sucio vicio que, en el curso de los últimos tres años, le había llenado de deudas, arruinándole casi y vaciándole por completo su cuenta corriente.

Al recordar a Dan, sonrió tristemente.

¿Cuánto dinero le debía?

También debería pagar hasta el último centavo a su futuro hermano político. Y a todo el mundo. Volver a ser quien había sido, aunque, por fortuna, el juego no había anulado en nada sus magníficas disposiciones profesionales y seguía siendo el mismo ingeniero, uno de los más preciados del país.

Más animado, apretó el paso al ver la zona luminosa de la entrada de un bar, que desgarraba la parca iluminación de la calle.

«Necesito un trago —se dijo— y estoy seguro de que me sentará muy bien. Luego iré directamente a casa. Mañana quiero levantarme muy temprano.

No se había dado cuenta del coche que se le acercaba, viniendo por detrás, debido a que el motor apenas se oía. Así, cuando el vehículo frenó a su lado, Bernard se sorprendió, mirando al hombre que asomaba su cabeza por la ventanilla.

—¡Eh, señor Lower!

Frunció el ceño, ya que aquel rostro le era completamente desconocido. Pero el otro había abierto la portezuela y bajó, dejando ver su alta estatura. Una sonrisa amable aparecía en los labios del desconocido.

—Perdone que le aborde así, en la calle, señor Lower. Pero me urgía hablar con usted.

—¿Y cómo sabe que me encontraba aquí?

—He estado en el casino.

—¿Y me ha seguido?

—No he tenido más remedio. Iba usted con su hermana y yo deseaba verle a solas. Su decisión de abandonar el coche me ha favorecido.

—¿Y si me hubiera ido a casa?

—No hubiese tenido más remedio que interpelarle a la entrada del edificio.

—¿Tan importante es lo que tiene que decirme?

—Sí, muy importante.

Bernard sonrió.

—Está bien, señor...

—Me llamo Fuster.

—Bien, señor Fuster. Creo que podemos beber algo mientras me cuenta usted sus cuitas. ¿Qué le parece?

—Muy bien.

Caminaron juntos, en silencio, hasta penetrar en el bar. El local estaba casi completamente vacío y sólo un hombre, que ya debía de haber bebido más de la cuenta, dormitaba con la cabeza sobre una mesa.

Bernard, seguido por el hombre, se dirigió hacia el fondo, donde los dos tomaron asiento, siendo inmediatamente atendidos por el camarero que, después de servirles, dijo:

—Vamos a cerrar dentro de media hora, señores.

Fue el hombre quien contestó.

—Está bien. No se preocupe; terminaremos enseguida.

Bebieron y luego el llamado Fuster sacó una pitillera, ofreciendo un cigarrillo a Bernard, que lo aceptó. Todavía hubo una pausa mientras encendían los pitillos.

Después, el ingeniero invitó:

—Usted dirá, amigo.

—Verá, señor Lower, yo venía a proponerle un trabajo.

—No me viene mal. ¿De qué se trata?

—Un trabajo de su especialidad. Pero es bastante lejos.

—¿Dónde?

—«Digamos... «bastante lejos». Es, por ahora, suficiente. No se trata de nada ilegal, puedo asegurárselo. Pero lo que quiero decirle es que estamos dispuestos a pagarle bien: usted mismo fijará su sueldo.

—Muy interesante. ¿Y cuánto tiempo duraría ese trabajo?

—Dos años.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque tengo otros compromisos importantes en la ciudad. He firmado unos contratos de trabajo y no puedo saltármelos a la torera, compréndalo.

—Lo sé, pero lo nuestro es más importante.

—Todo el mundo dice lo mismo.

—No es eso, amigo mío. Cuando le digo que el trabajo que debe hacer es importante, no exagero. La vida de muchos seres humanos depende prácticamente de ello.

—De veras que lo lamento.

—¿Y si le ofreciese un millón de dólares por año?

—Diría que es usted un hombre magnánimo en extremo, pero no podría aceptar ni por cien millones. Mis contratos llevan mi firma y nunca he faltado a mi palabra.

—Comprendo, pero debe aceptar mi proposición; le interesa.

—De veras que no puedo. ¿Cómo podría justificarme ante los que ahora me han contratado?

—Desapareciendo.

—¿Eh?

—Usted podría venir conmigo, esta misma noche, como si desapareciese.

Bernard miró a su interlocutor con tal asombro pintado en el rostro que el otro tuvo que sonreír.

—No, no estoy loco.

—Pues lo parece.

—Se equivoca. Lo que ocurre es que el trabajo que le ofrecemos a usted debe pasar delante de todos los demás.

—¿Por qué no se explica más claramente?

—No puedo, por el momento.

—Veo que no podemos entendernos.

—Aún hay algo más.

—¿Qué?

—¿Le gustaría recobrar el collar que ha perdido esta noche?

—¿Eh? ¿Cómo sabe usted esto?

—Ya le dije que estuve en el casino.

Los ojos de Bernard brillaron.

—¿De verdad que puede devolvérmelo?

—Sí. Y voy a decirle algo más. Su dueño actual no lo cedería a ningún precio. Oí que lo decía a uno de los empleados importantes del casino: un tal Joe. Le conozco. Casi es tan granuja como Armand. ¿Qué contesta?

Bernard reflexionó unos instantes.

—Hoy he cometido algo horrible —dijo— contra la sagrada memoria de mi padre y contra la bondad de mi hermana. Ninguna otra cosa me haría ceder. Pero creo que ha ganado. ¿Cuándo va a darme el collar?

—Aguarde aquí un rato. Voy a buscarlo.

Poco después, el misterioso personaje estaba de vuelta y sacaba la joya del bolsillo de su elegante chaqueta.

Sugirió:

—Vamos a dejárselo a su hermana, sin que ella le vea a usted. Le esperaré en el coche, a la puerta de la casa.

—¿Es que no voy a poder hablar con Judit y hacer mi equipaje?

—No conviene que haga ni una cosa ni otra: hablar con su hermana complicaría tremendamente la situación. Hacer el equipaje no vale la pena, ya que con nosotros tendrá todo lo que necesite. Vamos.

CAPÍTULO II



AN había aprovechado la primera parte de la noche para terminar el reportaje que el «New» le había encargado en Paris. Así, trabajando aprisa, consiguió coger el avión de la madrugada, que iba a dejarle cuatro horas más tarde en Nueva York.

Le había fastidiado aquella misión extraordinaria que le habían encargado para el domingo, día que solía dedicar por entero a Judit. Pero, por fortuna, el director le dijo que podía tomarse fiesta el lunes, si es que terminaba pronto su trabajo.

¡Y vaya si lo había terminado pronto!

Judit le había dicho que saldría aquella noche con Bernard y ahora, mientras el avión atravesaba el océano, en las zonas tranquilas de la estratosfera, Dan se preguntaba si su futuro cuñado habría llevado a la muchacha al casino, descubriéndose así, por completo, su faz de jugador empedernido.

Amanecía cuando el avión se posaba en el aeródromo de La Guardia. Y Dan se dirigió al periódico, perdiendo poco tiempo para dar algunos detalles más sobre la composición de su reportaje, terminando definitivamente su labor cuando las nueve sonaban en el despacho que poseía en el edificio del «New».

Encendió un cigarrillo, poniendo los pies sobre la mesa para descansar un poco en una posición que, sin formar parte del sistema «yogui», le permitía, en el sentido más alto, «estirar las piernas» sin andar.

Esperó pacientemente media hora más, ya que no quería acortar el sueño de la muchacha, sobre todo pensando que debía de haber regresado bastante tarde de su paseo nocturno con su hermano; pero, a las nueve y veinte, sin poder resistir más, marcó el número telefónico de Judit.

Fue la muchacha la que le contestó.

—¿Quién es?

—Yo, Dan.

—¡Oh, Dan! Gracias a Dios. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde mi oficina.

—¿Has regresado ya?

—Sí.
—¡Ven enseguida, querido!
Había notado, desde el principio, algo anormal y alterado en la voz de la muchacha.
Así, preocupado, preguntó:
—¿Ocurre algo, Judit?
—¡Ven ahora mismo, por favor!
—Está bien, está bien... Voy ahora mismo.
Ella colgó.
Sin perder tiempo, Dan salió disparado de su despacho, cogiendo un taxi frente al edificio del periódico, ya que su casa y su garaje, donde guardaba el coche, estaban al otro lado de la ciudad.
Diez minutos después penetraba en la casa de Judit, encontrando a su novia en el salón, esperándole.
Ella se arrojó en sus brazos, rompiendo entonces a llorar.
—¡No ha vuelto, Dan! ¡No ha vuelto!
—¿Quién? ¿Bernard?
—Sí.
La llevó hasta el sofá más cercano, sentándose a su lado y cogiéndola las manos, con ternura.
—Explícate, Judit. ¿Qué ocurrió anoche?
—Fuimos al casino.
—Me lo temía.
—Bernard empezó a jugar y a perder. No sé cuánto, pero bastante. Luego, de repente, al perderlo todo, me pidió el collar.
—¿El collar que te regaló tu padre?
—Sí.
—¿Se lo diste?
—No tuve más remedio que hacerlo.
—Hiciste mal.
—No sabes cómo estaba. Yo hubiera dado cualquier cosa por verle sonreír.
—¿Qué ocurrió luego?
—Lo perdió.
—¡Naturalmente! Me lo estaba temiendo.
—Yo también sabía que iba a perderlo. Luego nos fuimos a casa, pero él me pidió que detuviese el coche antes de llegar.
—¿Para qué?
—Dijo que tenía ganas de dar una vuelta. Luché por convencerle de lo contrario, pero no conseguí nada. Y me vine para casa, metiéndome en la cama y confiando en que volvería pronto, tal como me había prometido.
—¿Y no ha vuelto?
—Hay algo más, querido. Al levantarme esta mañana, encontré el collar sobre un mueble del salón. Pero Bernard no estaba en su habitación y la cama estaba intacta.

Dan sonrió.

—Debe de estar trabajando.

—No. He llamado a todos los sitios donde pudiera haber ido. Y en ninguno ha estado. ¡Tengo miedo, Dan!

—Serénate. A lo mejor se ha emborrachado y llegará más tarde.

—¡Ojalá fuese así! Pero...

—Pero ¿qué?

—¿Cómo consiguió que le devolvieran el collar? ¿Cuánto le dieron por él?

—No lo sé. ¿No te parece que podríamos llamar al casino?

—Es muy temprano aún, Judit. Nadie te contestaría.

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.

Dan se adelantó, yendo a abrir. Frunció el ceño al reconocer al hombre que apareció en el umbral; pero, dominándose, sonrió.

—¿Cómo usted aquí, inspector Fulton?

El otro ni pestañeó siquiera.

—¿Puedo pasar, Dan?

—¡Desde luego! —y haciéndose a un lado, invitó—: ¡Adelante!

El policía entró en el salón, mirando a la muchacha.

—Buenos días, señorita Lower —saludó—. Soy el inspector de policía Fulton.

—Buenos días —repuso ella, con un hilo de voz—. ¿Es que ha ocurrido algo grave?

—¿Y su hermano? —preguntó a su vez el inspector, pareciendo no oír la pregunta que ella le había hecho.

—No está.

—¿Sabe dónde se encuentra?

—No. Justamente mi prometido está aquí porque yo estaba desesperada.

—¿Cuándo lo vió por última vez?

—Anoche.

—No llegó hasta aquí con usted, ¿verdad?

—No. ¿Cómo lo sabe?

—No tiene importancia. ¿Y el collar?

La muchacha frunció el ceño.

—Lo tengo yo.

—¿Cómo llegó a sus manos?

—Mi hermano debió volver, cuando yo dormía, y lo dejó en un mueble del salón de arriba. Luego volvió a irse; pero, por favor, ¿le ha ocurrido algo malo?

—A él no.

Dan no pudo resistir más y, dirigiéndose al inspector inquirió:

—¿Qué ha ocurrido?

—Armand Soleman, el dueño del casino, ha aparecido muerto en su despacho.

—¡Cielo santo! —exclamó Judit, llevándose las manos a la boca.

—¿Lo han matado? —inquirió Dan.

—Sí.

—¿Cómo?

—Estrangulado.

—¿Cuándo fue?

—El médico afirma que la muerte debió ocurrir alrededor de las dos y media de esta madrugada. ¿A qué hora salieron del casino, señorita? —inquirió, volviéndose hacia la muchacha.

—A eso de los dos menos cuarto.

—Todo concuerda —dijo el inspector Fulton—. Bernard abandonó a su hermana y volvió al casino, dejando pasar un poco de tiempo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hay un período de tiempo que no podemos explicarnos. Pero creo que lo solucionaremos enseguida.

—¿Cómo?

El policía miró, de nuevo, a Judit.

—¿Ganó o perdió su hermano?

—Perdió.

—¿Mucho?

—Todo lo que llevaba. Tuve que darle el collar para que lo convirtiese en más fichas.

—Y lo perdió también...

—Sí.

—¿Usted no le dejó dinero para recuperar el collar?

—No.

—Entonces ya se ha aclarado todo. Su hermano debió ir en busca del dinero, volviendo después al casino.

—Pero ¿de dónde iba a sacar ese dinero... a esas horas?

—Lo ignoro, señorita, pero todo concuerda perfectamente. Una vez con el dinero, cuarenta mil dólares exactamente, su hermano volvió al casino, entrevistándose con Armand. Es seguro que éste se negó a devolverle el collar por lo que había dado por él, pidiéndole mucho más. Entonces, enfurecido, su hermano lo mató.

Judit exclamó:

—¡No!

—El crimen lleva el sello peculiar de un hombre desesperado y honrado a la vez.

Dan inquirió entonces:

—¿Por qué?

—Porque Bernard, después de matar a Armand, dejó en su mano el dinero que había llevado para pagarle.

—¿Hay huellas?

—No. Bernard debía de llevar guantes.

—¡Mentira! —rugió la muchacha—. Mi hermano no llevaba guantes ni

sombrero. Los dejó en casa.

—Pues debió procurárselos después. Quizá se los prestase el mismo que le procuró el dinero.

—¡Cuarenta mil dólares! —exclamó Dan—. ¡Es imposible!

—¿Imposible?

—Sí, inspector. Nadie le hubiera dejado ese dinero.

—Es mucho afirmar.

—Tengo motivos para hacerlo, inspector Fulton. Bernard había pedido dinero a todos sus amigos... incluso a mí. Pero nunca una suma tan considerable. Nadie se la hubiese dado.

—Pues de algún sitio la sacó. Es probable que encontremos otra víctima, si es que nadie le dejó el dinero que necesitaba.

Judit lloraba en un rincón y Dan fue hacia ella, intentando vanamente calmarla.

Entonces sonó el teléfono.

El periodista descolgó el aparato, mirando después a Fulton.

—Es para usted, inspector.

—Gracias... ¿Diga?

—Soy Lorent, inspector. Le llamo desde el casino.

—¿Y bien?

—Acabamos de encontrar un papel en la caja, es un pagaré firmado por Bernard Lower: el recibo de lo que le dieron por el collar.

—¿Y eso es importante?

—Mucho, señor. Le dieron cinco mil dólares.

—¿Eh? ¿Estás seguro?

—Completamente. Hemos llamado al cajero y ha confirmado la cifra. El documento dice que el dueño del collar podrá retirarlo abonando esa cantidad y que la joya se considera como préstamo.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo!

—¿No serían los cuarenta mil lo que pidió el granuja de Soleman, señor?

—Es muy posible; pero ¿a qué matarlo entonces?

—Bernard debía de estar fuera de sí ante un robo tan descarado.

—No, no se hubiera atrevido a estrangular al otro. Se hubiese limitado a darle unos cuantos puñetazos. Lo que debió ocurrir es que Armand pidió mucho más, sobrepasando los cálculos exagerados que ya había hecho Lowel. Éste, al ver que no conseguía nada, ni con la colosal cifra que había conseguido, mató a Soleman, dejando allí el dinero... obrando como un novato que era.

—Creo que está usted en lo cierto.

—Puede ser. ¿Se han encontrado huellas?

—Ninguna.

—Bien. Seguid registrando por si tuviésemos un poco de suerte. Yo saldré enseguida para ahí. ¿Has dado la orden de detención de Bernard?

—Sí. Todas las patrullas están buscándole.

—Bien. Hasta luego.

—Adiós, inspector.

Colgó, mirando a Dan, que tenía los ojos fijos en él.

—De veras que lo lamento, Dan, pero no tengo más remedio que buscar a tu futuro cuñado.

—Entiendo. Pero sigo creyendo que no es el culpable.

—Ya veremos lo que dice cuando le encontremos Debo irme ahora...

Dan le acompañó hasta la puerta, volviendo después junto a Judit, que seguía llorando en silencio.

No pudo calmarla y, cuando el servicio llegó, confió la muchacha al ama de llaves, diciéndose que más podría hacer por el desdichado Bernard desde la calle que allí dentro.

* * *

El interfono sonó de nuevo.

Alan Brower bajó la palanca por enésima vez, volviendo a oír la voz del director.

—¿Ha regresado Bernard?

—Querrá usted decir que si ha llegado.

—Eso es. ¿Ha llegado?

—No.

—Pero ¿en qué está pensando? Tenemos la red montada y sólo nos faltan sus instrucciones para ponerla en marcha y ensayarla. ¿Que se ha creído.

—He llamado a su casa y me han dicho que no estaba.

—Insista.

—Bien.

—¡Vaya fastidio!

También empezaba a preocuparse Alan de la ausencia inusitada de su amigo. Bien era verdad que los lunes no solía llegar a la hora, cosa natural; pero jamás había entrado en el laboratorio después de las nueve y media.

Y eran las once.

La nueva llamada que hizo a la casa de Bernard dio idéntico resultado que las anteriores: el ingeniero no estaba en casa.

Alan estaba preocupado por lo que el director pudiera decir a su amigo cuando éste llegase. Apreciaba mucho a Lower y había trabajado con él desde hacía mucho tiempo, aprendiendo de él muchísimas cosas que le habían demostrado la inteligencia excepcional de Bernard.

También éste se había habituado a la compañía de Alan Brower y prometió llevárselo con él si cambiaba de trabajo algún día. Alan comprendía muy bien y era rápido en sus reacciones, lo que gustaba mucho al otro.

¿No le habría abandonado?

Porque un hombre como Bernard podía ser reclamado, en cualquier momento, por alguna, importante empresa que le pagaría mucho más que lo que le daba Kresmer, el director de la casa donde ambos trabajaban.

Pero Lower no se iría jamás de ningún sitio faltando a un contrato firmado por él.

Era demasiado honrado para hacerlo.

Encendió un nuevo cigarrillo, mirando desde la ventana del despacho que ocupaba casi la totalidad de la pared posterior de la estancia, dejando ver gran parte del laboratorio donde los dos hombres estaban experimentando, hacía ya tiempo, un nuevo modo de conexiones electrónicas inventado por Lower.

Allí estaban las mesas de trabajo, con los cables de colores, sus conexiones y sus relés, de una complejidad extraordinaria, que sólo un cerebro como el de Bernard podría haber logrado concebir.

El nuevo invento estaba llamado a revolucionar la técnica, ya que lo que el ingeniero se proponía era conseguir cambiar los circuitos electrónicos a distancia, de modo a modificar la marcha de una máquina cualquiera, a su antojo, sin necesidad de haber montado sobre ella un equipo previo de recepción de ondas teledirigidas.

Cambiar la marcha de un mecanismo, a distancia, iba a solucionar todos los procedimientos de automación conseguidos hasta la fecha, ya que una fábrica cualquiera podría, con sus máquinas actuales, realizar cambios y nuevos modos de producción sin necesidad de desmontar o de agregar absolutamente nada.

Los ensayos habían avanzado bastante, pero Alan sabía que aún faltaba mucho para conseguir lo que Bernard deseaba.

Entonces sonó el teléfono.

Lleno de emoción, Brower se lanzó hacia el aparato, descolgándolo con mano temblorosa.

Estaba seguro de que se trataba de Bernard.

Por eso, al oír la voz de su amigo, sonrió.

—¡Hola, Alan!

—¡Gracias a Dios! ¿Dónde te has metido, amigo?

—Eso no importa ahora. Quiero decirte algo.

—Bien, pero el director echa humo por las orejas.

—¡Déjalo! Escucha... ¿recuerdas el relé número 1050?

—¿El disyuntor-asociador automático?

—Sí.

—¿Estarías dispuesto a traérmelo esta noche?

—¿Eh?

—¿Es que no me has entendido?

—Sí, pero...

—Se trata de algo muy importante, Alan. Puedes creerme.

—Pero ¡ese relé pertenece a la Compañía del señor Kresmer!

—Ya lo sé. Tampoco ignoro su coste: trescientos dólares... Nosotros le daremos cinco mil por él.

—¿Nosotros?

—Ya te lo explicaré, Alan. Lo harás, ¿verdad?

Hubo una pausa; luego, Brower, con un hilo de voz, dijo:

—Si tú lo deseas, Bernard... lo haré.

—¡Formidable! Esta noche te esperaré en la esquina de las calles Octava y 176 Oeste, ¿lo recordarás?...

—Sí.

—Hasta la noche, Alan.

—Hasta la noche, Bernard.

CAPÍTULO III



LAN pasó una mañana horrible. Después de recibir cuatro furibundas llamadas más del director —¡como si él fuese culpable de la ausencia de su amigo!—, esperó la hora de ir a comer para salir como una tromba.

No se había atrevido, por el momento, a tocar nada de los mecanismos del laboratorio, pensando que Bernard le llamaría una vez más para decirle que lo que le había comunicado por teléfono sólo era una broma.

Pero Lower no llamó.

Presa de una agitación que corría pareja con la preocupación creciente que le embargaba, el joven ayudante de Bernard abandonó el edificio de la Compañía, diciéndose que había de hacer algo para encontrar un poco de paz en la tormenta que las palabras de su jefe habían despertado en su espíritu.

Una vez en la calle y mientras iba en busca de su coche, que siempre dejaba aparcado junto al de Bernard, miró, con desconsuelo, el espacio vacío que hubiera debido ocupar el otro.

Luego pensó que lo mejor sería pasar por la casa del ingeniero, donde éste debía de estar ya, para rogarle que le explicase lo que se traía entre manos. Aquella actitud no significaba que no pensase obedecer lo que Lower le había ordenado. Tenía una confianza completa en su amigo y jefe.

Pero quería saber.

La incertidumbre era lo que más le preocupaba.

Cuando llamó a la puerta de la casa del ingeniero sonreía, pensando que todo se iba a aclarar de un momento a otro. Pero cuando Dan, al que conocía, le abrió, mostrando una expresión preocupada, llegó a la conclusión intuitiva de que algo verdaderamente grave había sucedido.

—Hola, Alan.

—Hola, Dan. ¿Puedo pasar?

—Sí.

Pasó al saloncito, viendo que Judit, la hermana del ingeniero, estaba sentada al lado de una mesa donde había una cafetera y dos tazas de café.

—Buenos días, señorita Lower.

—Buenos días, Alan.

Se estrecharon la mano y ella tocó el timbre para que trajesen otra taza de

café al recién llegado. Alan no había almorzado, pero no se atrevió a decir nada.

Y fue Dan quien rompió el silencio, un tanto embarazoso, que se había hecho:

—Venías a preguntar por Bernard, ¿verdad?

—Sí —admitió Alan—. ¿No está aquí?

—No.

—Tampoco ha ido al trabajo.

—Lo suponíamos.

—El señor Kresmer se puso furioso y me llamó una buena docena de veces para preguntarme si había venido —sonrió—. Pero por último se cansó de molestarme... hasta que luego me llamó Bernard.

Judit dio un salto y la taza que tenía en la mano cayó al suelo, haciéndose pedazos. Dan se quedó mirando a Alan con la boca abierta y una expresión de sincero estupor en el rostro.

Alan se precipitó para recoger los trozos de la taza que había sobre la alfombra; pero Dan, cogiéndolo fuertemente por el brazo, le hizo incorporarse.

—¡Repite eso! ¡Por favor! —instó.

—¿El qué?

—Que Bernard te ha llamado. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—Un poco antes de mediodía.

—¿Qué te dijo?

Alan se mordió los labios.

Conocía muy bien a Lower y sabía que a éste le molestaba tremendamente que algo de lo que se hacía en el laboratorio trascendiese fuera de él.

—No me dijo nada —repuso, tras un silencio.

Pero era difícil engañar a Dan.

Éste, apretando con más fuerza el brazo del joven, insistió:

—¡Habla, Alan! ¡Por lo que más quieras! Bernard se encuentra en una situación horrible y hay que ayudarle.

—¿En una situación horrible?...

—Sí. La policía lo anda buscando.

Y explicó, en pocas palabras, lo que había ocurrido desde la noche anterior, sin detenerse mucho en los detalles.

Alan le miraba con una expresión de horror. Y cuando el otro hubo terminado de hablar, exclamó:

—¡Es imposible! ¡Bernard es incapaz de matar a un hombre!

—También nosotros estamos convencidos de lo mismo —repuso Dan—, pero no sucede lo mismo con la policía.

—¿Y qué vamos a hacer?

Dan se acercó a él.

—Tú acabas de decir que te ha llamado por teléfono. ¿Para qué?

De la misma manera que la vez anterior, Alan luchó desesperadamente para no decir la verdad. Se daba cuenta de que si Bernard se había escondido era por lo que acababa de saber y que cuando no se había comunicado con Judit y Dan era porque no deseaba que éstos supiesen dónde se hallaba.

—Me dijo que no debíamos preocuparnos y que estaba bien.

Judit le creyó, pero no así Alan, que notó la nerviosidad del ayudante de Lower que, por otra parte, era un pésimo embustero.

Pero no dijo nada.

Y volviéndose hacia su prometida, dijo:

—Ya lo ves, querida. Bernard está bien, que es lo importante.

—Pero ¿y la policía?

—No te preocupes. Él se ha escondido, pero no por haber cometido el crimen que las circunstancias le imputan. Esperará a que el asunto se aclare y entonces volverá a presentarse ante todo el mundo.

—¡Ojalá fuese así!

—Lo es, Judit. Bernard nos ha demostrado que no quiere pagar los vidrios rotos por otro. Es natural, compréndelo. Quizás, incluso haya sido testigo del crimen, y no se atreva a salir por no caer en manos del verdadero asesino.

Logró calmarla un poco con frases como aquéllas, ya que lo más importante para la infortunada muchacha era saber que su hermano se encontraba con vida y, por el momento, a salvo de la policía.

—¿Tú vuelves a tu trabajo? —inquirió después Dan a Alan.

—Sí —repuso éste—. Debo volver.

—Bien. Yo voy hacia el centro; te acompaño. ¿Llevas tu coche?

—Sí.

—Perfecto. Todavía no he ido a buscar el mío.

—Te llevaré, si quieres, hasta el garaje.

—No es necesario. Déjame junto a tu fábrica y yo seguiré luego el camino en un taxi.

—Como quieras.

En realidad, el plan de Dan era muy distinto.

Estando seguro de que Alan no había dicho la verdad y que algo se ocultaba en la llamada telefónica de Bernard, dejó que su ayudante volviese a la Compañía, calculando que tenía tiempo sobrado para ir a por su coche, puesto que estaba dispuesto a seguir a Alan donde éste fuese.

No dudaba de la inocencia de Bernard respecto a la muerte del dueño del casino; pero, conociendo a muchos jugadores sabía que la gente dominada por tan feo vicio era muy capaz de meterse en líos mayúsculos, aun sin darse demasiada cuenta de lo que hacían.

Hasta que era tarde para echarse atrás y ya no había remedio.

Una de esas cosas era lo que debía haberle pasado a Bernard. Porque cuarenta mil dólares era muchísimo dinero y ningún amigo, a los que debía ya algo, podía habérselo prestado. Aquel dinero era la base de la situación

delicada en la que el hermano de Judit debía de encontrarse.

Dan recogió su coche, después de comprobar que no le faltaba nada y, para no tener que ir al periódico, telefoneó a la redacción diciendo que estaba sobre un asunto y que ya iría comunicando lo que fuese descubriendo. No le preguntaron nada sobre Bernard, de lo que infirió que todavía no se había dado la noticia por la policía, lo que le calmó un tanto, ya que no deseaba que la pena de su prometida aumentase.

Luego fue a los alrededores de la Compañía donde Alan trabajaba, aparcando el coche en un lugar en el que, sin ser visto, podía vigilar el coche de Brower y la salida principal del edificio.

Se dispuso a esperar.

Mientras, fumando cigarrillo tras cigarrillo, intentó hacerse una idea del jaleo en el que su futuro cuñado se había metido; pero, por más hipótesis que trenzó, no consiguió aclarar nada, viéndose obligado a abandonarlas, una detrás de la otra, ya que ninguna de ellas poseía la menor base lógica.

Fue entonces cuando una idea surgió en su mente.

¿Y si Bernard estaba trabajando para otra Compañía?

Le parecía mentira, ya que conocía a Lower y sabía que era muy escrupuloso con los contratos que firmaba; pero, de todos modos, ¿podía descartar definitivamente aquella posibilidad?

Dan no sabía con exactitud qué estaba haciendo Bernard en la Compañía mandada por Kresmer; pero, no obstante, por lo poco que había oído, tenía la seguridad de que se trataba de algo muy importante.

El hermano de su prometida era un hombre inteligente, lleno de ideas nuevas, y sus trabajos y colaboraciones eran muy cotizados en las grandes empresas del país. Autor de varios inventos, que había cometido la estupidez de no patentar a su nombre, Bernard, de haber sido un hombre más práctico, sería ya una persona inmensamente rica.

Pero los negocios no eran el fuerte de Lower, que sólo vivía para sus extraños aparatos, para sus planos con esquemas complejos, para sus proyectos siempre sorprendentes.

Lo que más convencía a Dan de que Bernard debía de estar trabajando para alguien era la suma que le había sido entregada para pagar el collar que había perdido en el casino.

Ningún amigo pudo dejársela.

Nadie que no estuviese interesado en sus trabajos le hubiera entregado semejante suma.

¡Ahora estaba seguro de haber encontrado la explicación correcta!

Y también de ello se derivaba que Bernard tuviese que trabajar a escondidas, amén de que de aquella manera se ponía, por el momento, fuera del alcance de la policía, que le andaba buscando.

La tarde pasó más velozmente de lo que el periodista se temía. Y cuando vio salir a Alan, se pegó al asiento, de modo a no ser visto, aunque era prácticamente imposible que el otro le descubriera.

Notó que Brower parecía inquieto y que miraba hacia un lado y otro, como si temiese ser espiado. Llevaba una cartera de color claro en la mano y se dirigió a su coche decididamente.

Dan puso en marcha el suyo.

Esperó, no obstante, a que el de Alan pasase ante él, saliendo entonces del escondite que había escogido en la calle, a la sombra de unos árboles frondosos.

Empezó a seguir al otro.

La circulación era lo suficientemente intensa para que la persecución fuese sencilla. Y pronto comprobó el periodista que Alan no miraba nunca hacia atrás, lo que demostraba que estaba seguro de que nadie le había visto ni le seguía.

Sonrió.

Desde luego, no pensaba intervenir si no era posible; pero, por otra parte, se dirigiría a Bernard si se presentaba la ocasión, ya que deseaba saber qué hacía y si deseaba algo, para así tranquilizar definitivamente a Judit.

Vio que, ya en la parte alta de la ciudad, el coche de Alan se detenía ante un bar de tercera categoría, cuyo letrero de neón parpadeaba intermitentemente sobre la entrada.

Paró su vehículo, mientras observaba que Brower salía del suyo, con la cartera en la mano, penetrando en el local. Apretó el paso y, cuando llegó junto a la puerta, se percató que aquel bar estaba lleno de gente, lo que iba a permitirle la entrada, cosa que había temido no poder hacer.

El ambiente caldeado de la sala le golpeó en el rostro nada más abrir la puerta. Se había echado el sombrero sobre el rostro, bajando el ala, y miraba con la cabeza inclinada, de forma a no ser reconocido.

Tuvo que abrirse paso entre la gente que se agolpaba en el mostrador. Y entonces fue cuando vio a Alan, de pie, junto a una mesa ocupada por dos personas.

Una de ellas era un hombre alto, bien vestido, de rostro serio, mirada brillante y los cabellos lisos plateados.

La otra era Bernard.

Dan se estremeció al ver a su futuro hermano político. Esperaba encontrarle amargado, inquieto, mirando a uno y otro lado con temor de ser descubierto; pero allí estaba, tranquilo, incluso sonriente, de excelente humor.

¡Como si nada hubiese pasado!

No era ocasión para indignarse, pero Dan se sintió un tanto ofendido ante la tranquilidad de Bernard, sobre todo por lo que concernía a Judit. ¿Es que Lower había olvidado lo que debía estar sufriendo su hermana?

Siempre había demostrado lo contrario, ya que para él no había en el mundo nada más importante que ella.

Dan empezó a moverse, de espaldas, a lo largo del mostrador, esperando llegar lo suficientemente cerca de la mesa para poder oír lo que estaban hablando. Ahora ya no se atrevía a intervenir, ya que, sin saber por qué, el

hombre de los cabellos plateados le imponía un respeto enorme. Por otra parte, pensaba que su intervención podría estropear los planes de Lower, lo que éste no le perdonaría jamás.

No pudo oír nada, ya que los tres estaban hablando en voz baja. Notó, eso sí, que ahora era Bernard quien tenía la cartera y que la sujetaba con ambas manos, acariciándola casi, como si estimase mucho su misterioso contenido.

Finalmente, Alan se levantó, estrechando la mano de los dos hombres. Asintió a una pregunta que Bernard le hizo y abandonó el local sin haber consumido absolutamente nada.

De los tres, Dan lo había comprobado con facilidad, era el que estaba más nervioso e inquieto.

Fue en aquel momento, cuando Bernard y el de los cabellos plateados se levantaban, cuando un consumidor empujó ligeramente a Dan, pidiéndole excusas; pero el periodista no le hizo caso, ya que en aquel momento pudo oír las palabras que el hombre de los cabellos blancos estaba diciendo.

—¿Cree usted entonces que sería necesario entrevistarse con el profesor Several, Bernard?

—Es imprescindible.

—Bien. Volveré a por él uno de estos días.

Lower sonrió.

—Va a ser un poco difícil, señor Fuster.

—¿Por qué?

—El profesor es un hombre quisquilloso.

—Ya veremos. ¿Vamos, amigo mío?

—Sí. Ya tengo ganas de llegar.

Se abrieron paso y Dan, nervioso y agitado, esperó unos segundos para seguirles, haciéndolo a tiempo de verles cruzar la calle dirigiéndose hacia un magnífico y enorme coche negro.

Él se dirigió hacia el suyo.

Momentos después estaba siguiendo al vehículo donde Bernard y el otro avanzaban hacia el norte de la ciudad.

Se puso a pensar sobre el asunto.

¿Así que el misterioso personaje se llamaba Fuster?...

Dan ahondó en su mente, sin lograr asociar aquel nombre con ninguna compañía importante del país. Conocía, por lo mucho que había charlado con Bernard y Judit, la mayor parte de las grandes Empresas de Electrónica, así como los nombres de sus directores e incluso los de muchos de sus colaboradores.

Pero el de Fuster no le decía nada.

El coche que le precedía empezó a aumentar su velocidad nada más salir de la ciudad, y Dan se vio y se deseó para mantener la distancia que había entre ambos vehículos.

Los postes telegráficos pasaban a ambos lados a una velocidad tremenda. Dan no quiso mirar el cuentakilómetros, atento solamente a no perder de vista

las luces traseras del coche que precedía al suyo.

Por fortuna, la ruta era lisa como la palma de la mano y casi sin curvas, lo que le permitía mantener una constante vigilancia sobre el otro coche. Fue al empezar una pendiente, que naturalmente atacó el coche negro, cuando Dan pudo acortar la distancia, llegando a unos cien metros del otro. Ahora lo veía perfectamente, ya que la cuesta le daba una visión completa del vehículo.

Y precisamente entonces, cuando tenía ante sus ojos el vehículo que debía conducir el misterioso Fuster, ocurrió lo imposible.

¡El coche negro desapareció!

Instintivamente, y creyendo que los otros habían apagado de golpe todas sus luces, Dan frenó, temeroso de chocar con el otro, oyendo el lastimero maullido de las llantas sobre el asfalto.

Pero no ocurrió nada.

La potente luz de los faros del coche del periodista, que éste encendió entonces, le mostró una carretera completamente desierta.

Preocupado, pero decidido a no dejarse engañar, apretó el acelerador a fondo, subiendo la pendiente en un abrir y cerrar de ojos; pero cuando la luz de sus faros iluminó el otro lado, hasta bastante lejos, en una cuesta que descendía dulcemente, tampoco encontró rastro alguno del coche.

No sabía qué pensar.

¡Era imposible!

Y, sin embargo, la cosa había ocurrido ante sus propios ojos, de una manera que no dejaba lugar a la menor duda.

A la sorpresa y la estupefacción de los primeros instantes, siguió la inquietud, la extrañeza y, finalmente, el pánico y la angustia ante un hecho inexplicable.

Dominándose a duras penas, aún recorrió un par de kilómetros, volviendo después, despacio, recorriendo el camino lentamente y deteniéndose de vez en cuando para comprobar si no había camino lateral alguno por el que el coche que perseguía podía haberse desviado.

Convencido finalmente de que el coche había desaparecido de una manera tan ilógica como inexplicable, Dan volvió resignado a la ciudad

CAPÍTULO IV



ESPUÉS de haber llamado por teléfono a Judit para tranquilizarla, pero sin decirle nada de lo que había visto y oído, Dan se metió en la cama, presa de una agitación tan intensa que le fue imposible conciliar el sueño.

Ni siquiera se molestó en buscar una respuesta a la desaparición del coche. Estaba seguro de que se trataba de un truco extraño, pero no quería darle más importancia de la que tenía. Era como si desease escapar al terror que normalmente hubiera debido producirle el hecho.

Sin embargo su cerebro no descansaba.

No pudiendo dormir, encendió un cigarrillo y, sentándose en la cama se puso a pensar, rememorando todo lo que había escuchado de la conversación que Alan, Bernard y el hombre de los cabellos plateados habían tenido en el bar.

Es decir, de lo poco que él había alcanzado a escuchar.

Su primera deducción fue la de que Bernard estaba tranquilo y hasta parecía satisfecho de lo que estaba haciendo. Era indudable que no había matado a nadie y seguramente ignoraba que el dueño del casino había muerto.

Respecto al hombre llamado Fuster, parecía ser muy importante, pero era completamente imposible decir de dónde venía y en qué lugar trabajaba. Por lo bien que se entendía con Lower, podría deducirse que un interés común les unía, al menos momentáneamente.

Tampoco cabía duda de que sobre él recaía el préstamo importante que había hecho posible la recuperación del collar de Judit.

Dan sonrió, satisfecho.

Sus deducciones no eran malas, y una parte de la situación parecía quedar satisfactoriamente explicada. En cuanto a Alan, su papel se reducía, por el momento, a haber llevado a Bernard algo contenido en la cartera amarilla y que, naturalmente, Dan no podía adivinar.

Luego, de repente, surgió el nombre del profesor Several.

El hombre de los cabellos plateados había dicho que «volvería» a por él. Lo que significaba que deseaban incorporar al sabio a algo que debía ocuparles en aquellos momentos.

Sin preocuparse por el instante del «por qué», Dan hizo lo posible por

sacar de la memoria todo lo que conocía sobre la personalidad del profesor Several.

Harry Several era uno de los biólogos más importantes del país, y de fama reconocida en el mundo entero. Había cumplido ya los cincuenta años y su carácter, como había dicho Bernard aquella tarde, era un poco especial. Odiaba la publicidad, detestaba a los periodistas y no solía salir mucho del laboratorio en el que trabajaba, si no era para dar las clases en la Universidad o para pronunciar alguna que otra conferencia en América o en el resto del mundo.

Alto, completamente calvo, de anchos hombros y cabeza enorme, con una frente prominente, Several había sido, desde siempre, el «coco» de los muchachos de la Prensa, que preferían ser enviados al Tibet para entrevistarse con el Abominable Hombre de las Nieves antes que atreverse a acercarse al sabio biólogo.

Several vivía en una casa aneja a la Universidad y había llevado su rareza hasta hacerse construir un pasadizo que unía su mansión con el cuerpo del edificio, de modo a no tener que salir a la calle cuando iba, cada día, a dar sus clases.

Una sonrisa apareció en los labios de Dan.

Le iba a ser bastante difícil al hombre de los cabellos plateados convencer de algo al profesor; pero, de todos modos, puesto que aquel hombre era el único eslabón que le unía con Bernard, al que consideraba como desaparecido, el periodista estaba dispuesto a vigilar la universidad, en espera de que Fuster se presentase en busca de Harry Several.

Era el único plan viable que tenía en las manos.

Le venció el sueño finalmente y, cuando se levantó, telefoneó al periódico, viendo que no le necesitaban aquella mañana para nada y que, al mismo tiempo, estaban interesados por las promesas del reportaje que les había hecho el día anterior.

Fue el redactor jefe quien se puso al teléfono.

—Nada, amigo mío.

—¿Ni siquiera un pequeño indicio?

—No, lo lamento. Pero no tardaré en llevarte una buena noticia.

—Así lo espero. Adiós y suerte.

—Adiós.

Después visitó a Judit, volviendo a tranquilizarla en lo posible, asegurándole que había visto a Bernard y que éste estaba realizando un trabajo importante.

—Pero ¿y la policía, Dan?

—No debes preocuparte. Estoy seguro de que Bernard no ha hecho nada reprochable.

—Entonces, ¿por qué se esconde?

—Es necesario. Se trata de un trabajo oficial y secreto, ¿entiendes?

—Sí; creo que sí.

No estaba la muchacha muy convencida y tampoco él se sentía muy satisfecho al tener que mentirle.

Pero ¿cómo hubiese podido decirle la verdad?

Cuando abandonó la casa de su prometida, la gravedad de lo ocurrido la noche anterior se le apareció con una crudeza más real, sin subterfugios posibles.

Porque, llevado por la emoción que le habían proporcionado sus razonamientos en casa, no podía dejar de olvidar lo ocurrido ante sus propias narices. La desaparición del coche constituía, lo quisiese o no, un hecho insólito, inconcebible, fantástico...

Sí; debía vigilar al profesor para interferir la acción del hombre de los cabellos plateados. Avisar a la policía le pareció, al principio, una solución excelente; pero luego, pensándolo mejor, se dijo que podría perjudicar a Bernard y que éste seguramente no se lo perdonaría jamás.

Había un bar no lejos de la entrada principal de la Universidad y allí estableció su cuartel general, dispuesto a comer y cenar en aquel lugar e incluso a dormir, ya que alquilaban habitaciones, hasta que Fuster apareciese.

«Esta vez —se decía— no puedo dejarle escapar. Porque si hago lo que hice anoche, su coche volverá a desaparecer de la misma manera y estaré en la misma situación que hoy...»

La mañana le pareció interminable. Había almorzado en la mesa que eligió, cerca del ventanal desde el que podía vigilar fácilmente la entrada del edificio universitario.

Vio entrar y salir a los estudiantes, y cuando comprobó que el portero cerraba la verja, comprendió que no debía de haber clase aquella tarde.

Estaba nervioso, inquieto, fumando incesantemente y pidiendo, de vez en cuando, una taza de café.

Tenía los nervios de punta.

Por eso, cuando empezaba a atardecer, dio un salto al ver el coche negro que se detenía junto a la verja. Su corazón empezó a latir de una manera alocada y la emoción casi le ahogó.

El hombre de los cabellos plateados bajó del vehículo.

Al verle de nuevo, Dan sintió, por encima de todo, una enorme satisfacción, ya que la reaparición de aquel hombre significaba que nada le había ocurrido a Bernard y que debía de estar cerca.

«Lo del coche debió de ser un truco...», pensó.

Fuster había llamado y el conserje no tardó en aparecer, abriendo la verja y charlando con el hombre de los cabellos plateados. Parecía dudar, pero el otro terminó por convencerle.

Ya había notado Dan, la noche anterior, en el bar, que aquel hombre poseía un rostro lleno de nobleza y que debía de ser convincente en cualquier ocasión.

«Pero aquí se estrellará —pensó—. Porque si se imagina que va a convencer al profesor Several, que debe de estar trabajando en el laboratorio,

es que está completamente loco.»

Encendió otro cigarrillo.

El tiempo fue pasando con una lentitud desesperante, y Dan se imaginó a Fuster intentando vanamente sacar al profesor de su torre de marfil. De todos modos, si el hombre de los cabellos plateados fracasaba, él no iba a permitir que se fuese así como así.

Estaba dispuesto a interpelarle en plena calle y exigirle que le explicase dónde estaba Bernard y qué estaba haciendo.

No tendría otra ocasión.

Incapaz de quedarse allí un segundo más, pagó lo que debía y abandonó el bar, cruzando la calle para acercarse a la verja de la Universidad.

La noche había caído ya.

Fuera de la iluminación de la avenida, que no era muy intensa, el edificio escolar estaba sumido en una oscuridad completa, así como la triple hilera de árboles que había ante él y bajo los cuales había dejado Fuster el coche negro.

Se acercó a la verja.

A la derecha de la masa imponente de la Universidad, se destacaba la casa del profesor Several. La luz de una amplia ventana era el único punto luminoso en todo el sector.

Dan se estremeció.

Porque, desde donde se encontraba, podía ver perfectamente las siluetas de los dos hombres dibujándose en el cristal de la ventana, reconociendo enseguida la del profesor y la de Fuster, que charlaba animadamente.

«No lo conseguirá», pensó, una vez más.

Pero, de repente, vio que las dos siluetas cambiaban de sitio y que la luz de aquella habitación se apagaba, encendiéndose la del pasillo de cristal que daba a la universidad. También le fue posible ver que los dos hombres caminaban juntos hacia el edificio, del que salieron poco después, precedidos por el conserje, yendo hacia la verja.

¡Lo había conseguido!

Ya no podía perder un segundo más y aún tenía suerte de que la distancia entre la verja y el edificio fuese lo suficientemente grande para que los hombres tardasen un par de minutos en recorrerla.

¡Tenía que hacer algo!

Pero... ¿qué?

Se devanó los sesos, haciendo trabajar su cerebro a una velocidad loca. Finalmente, cuando estaba definitivamente desesperado, pensando que sería tan absurdo como improcedente el detener al hombre de los cabellos plateados en presencia del profesor, lo que no haría más que complicar las cosas, encontró la solución que andaba buscando.

Y que era, al mismo tiempo, la más peligrosa. Pero no dudó.

Retrocediendo, se acercó al coche, yendo hacia su parte trasera para tantear la tapa del portaequipaje. Estaba, naturalmente, cerrado con llave.

Pero el decidido periodista no sé arredró.

Utilizando una pequeña navaja que siempre llevaba consigo, forzó la cerradura, lo más rápidamente posible. Y una vez abierto el portamaletas, se metió dentro, sin más, dejando la tapa solamente apoyada, para tener una garantía de que el aire no iba a faltarle durante el viaje.

Oyó entonces que la verja se abría y los pasos de los dos hombres que se acercaban al coche.

Luego, la voz de Fuster se dejó oír:

—No sabe cuánto le agradezco su amabilidad, profesor...

—No tiene importancia. Ya comprenderá que el que debe estar agradecido soy yo. De todos modos, créame... estoy profundamente emocionado.

—Lo comprendo. ¿Quiere subir atrás?

—No, prefiero ir a su lado si no le molesta.

—De ninguna manera...

Se abrió una portezuela, luego otra. Y poco después, desde su escondite, Dan sentía la vibración del motor.

El coche, silencioso y potente, se puso en marcha.

No iba muy aprisa, respetando todas las señales del tráfico. Poniéndose de rodillas, el periodista levantó levemente la tapa de su escondite y echó una ojeada al exterior.

Estaban subiendo por la Quinta Avenida.

Como la noche anterior, se estaban dirigiendo hacia el norte de la ciudad. Luego, al llegar a la altura de la calle 123, tomaron la dirección Oeste, pasando a la Tercera Avenida, por la que ya subieron decididamente.

El coche aumentó un poco su velocidad.

Mirando la avenida iluminada, las casas y la gente, Dan se preguntó cuánto tiempo iba a tardar en volver a verlos. Una sensación extraña se estaba apoderando de él.

Finalmente, el vehículo abandonó la ciudad, tomando la amplia pista, y lanzándose por ella a mucha más velocidad. La aureola luminosa de Nueva York fue quedando atrás y Dan la miró con nostalgia y sentimiento.

Se sentó de nuevo, cerrando cuidadosamente la tapa del portamaletas.

La proximidad de lo «extraño», de la desaparición, le puso nervioso y esperó, con los músculos envarados, sin saber qué iba a ocurrir.

Y, de repente...

Fue como si una fulminante sensación de sopor se apoderase de él, hundiéndole, a pesar de su voluntad, en un pozo sin fondo.

Se agarró a los rebordes interiores del cofre, temiendo caer sin sentido de un momento a otro.

Pero todo aquello no duró aparentemente más de un segundo. De nuevo abrió los ojos y, respirando con intensidad, se sintió perfectamente bien.

¿Habría fallado el experimento?

Tardó un poco, no obstante, en atreverse a levantar de nuevo la tapa. La noche envolvía el coche, que seguía corriendo por una autopista. De vez en cuando, a uno y otro lado, la luz de una casa pintaba una nota amarilla en la

negrura de la noche.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntó, en voz baja. No lo sabía.

Era completamente incapaz de encontrar una sola respuesta a las docenas de preguntas que se estaba haciendo mentalmente.

Por último, y cuando seguía asomado, un reflejo de luminosidad bastante intensa le llamó la atención. Pero, viniendo la luz por la parte delantera del vehículo, no le era posible comprobar su origen, ya que no podía asomar la cabeza fuera.

Esperó.

Momentos después, al tiempo que él coche disminuía de velocidad, la claridad se hizo más intensa y, luego, de repente, penetraron en una calle ancha, llena de edificios y de tiendas.

El coche se detuvo.

Entonces Dan pudo ver en la esquina de aquella calle, un letrero que decía claramente; «Sexta Avenida». Y junto a él, formando ángulo, otro que rezaba: «Calle Ochenta y Tres».

Miró las casas, las tiendas... ¡y no reconoció ninguna de ellas!

Fue así como llegó a la conclusión de que se hallaban en una ciudad desconocida y que la «desaparición», tal y como había pensado, no era más que un truco que el hombre de los cabellos plateados había utilizado para despistarle la noche anterior.

Era muy posible que aquel Fuster poseyese un medio para hacer invisible el vehículo en determinado momento.

Sonrió.

«Esta vez —se dijo, mentalmente—, no te has salido con la tuya, amigo mío. Y ahora, dentro de poco, estaré en condiciones de saber qué has hecho con Bernard y para qué has llamado al profesor.»

El vehículo prosiguió su camino.

Dan pudo ver la gente circulando por las aceras o detenidas ante los escaparates. Y los agentes de tráfico, cuyo uniforme era distinto al que él conocía. ¿En qué ciudad estaban?

Dan había visitado la casi totalidad de las ciudades de los Estados Unidos, pero no recordaba haber visto una como aquélla. A medida que el auto penetraba en el corazón de la villa, el periodista pudo ver altísimos edificios, impresionantes rascacielos mucho más altos que los de su ciudad natal.

Poco después, el vehículo penetraba en el interior de un edificio de más de ciento cincuenta pisos, utilizando un portalón enorme, que se cerró inmediatamente después.

El coche avanzó por una rampa hacia un lugar donde había unos hombres armados con pistolas al cinto, manejando un aparato que tenía cierta semejanza con una monumental instalación de rayos X.

Se detuvo el vehículo.

Y entonces al mismo tiempo que el hombre de los cabellos plateados descendía, uno de los empleados de aquel curioso aparato, llamó la atención

de Fuster, señalándole el portamaletas del coche.

También el profesor había abandonado el vehículo.

A un gesto del hombre de los cabellos plateados, el grupo del aparato sacó sus pistolas, rodeando el coche en su parte trasera. Entonces, Fuster, que no tenía arma alguna, levantó la tapa del cofre, descubriendo a Dan, que levantó los ojos hacia él.

—Salga.

El periodista obedeció.

Miraba a los hombres armados, que le apuntaban con sus pistolas, pero estaba más decepcionado que atemorizado.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Dan Fletcher y soy periodista.

—¿Y cómo se encuentra aquí?

—Le seguí anoche, cuando se llevó a mi amigo Bernard. Su coche desapareció, pero les había oído hablar del profesor Severa! y hoy vigilé la Universidad. Al ver que conseguía usted llevárselo, me metí en el portamaletas del coche. Eso es todo.

—¿Dice que conoce a Bernard?

—Sí. Es el hermano de mi prometida.

—Tendremos que comprobar si dice la verdad.

—Cuando quiera. ¿Está aquí Bernard?

—Sí.

—¿Dónde nos encontramos?

El hombre sonrió.

—Ya lo verá. Venga ahora con nosotros.

Pero el profesor Several, que había contenido su cólera a duras penas, exclamó:

—¿Cómo? ¿Va usted a dar entrada a nuestros trabajos a un... a un... periodista?

Fuster sonrió, y con espíritu de reconciliación dijo:

—No tema, profesor. Nadie, excepto los que usted sabe, podrán estar a su lado. Pero deseo comprobar si este hombre ha dicho la verdad.

—¿Piensa en lo que escribirá a su regreso?

La sonrisa se acentuó en los labios del hombre de cabellos plateados.

—¿Cuando vuelva? ¡No sea usted tan ingenuo, profesor!

Dan no pudo evitar un estremecimiento.

Several, ya tranquilo, continuó:

—Comprendo, amigo mío. Perdone que me haya dejado llevar por la cólera. Pero es que no puedo soportar a esta gente.

—Bien. Sigamos.

Uno de los hombres del aparato que había descubierto al periodista, abrió la puerta del fondo, mientras otro se encargaba de retirar el coche de la rampa.

El interior del edificio estaba lujosamente amueblado y, tras haber atravesado un vestíbulo inmenso, penetraron en una habitación de

dimensiones más reducidas, en una especie de salón con una mesa en el centro y cómodos sillones junto a la pared.

Fuster se volvió al joven periodista.

—Usted va a hacerme el favor de esperar un poco. Le advierto —agregó con una sonrisa nada amistosa— que sería inútil que intentara salir de aquí: es imposible hacerlo.

—No pienso moverme.

—Bien. ¿Vamos, profesor?

Los dos hombres desaparecieron y Dan se quedó solo con sus pensamientos, preguntándose en qué clase de loca aventura había ido a caer. Seguía sin comprender nada; es decir, sospechaba ya, cada vez con mayor intensidad, que se hallaba en un país extranjero, y que era muy posible que Bernard y el profesor estuviesen, sin saberlo, traicionando a su país.

Cerró los puños.

No temía a nada, pero estaba deseando ver a Bernard, ya que le unía a él la suficiente amistad para que el ingeniero electrónico se confiase plenamente.

Encendió un cigarrillo.

Lo que había visto hasta el momento le demostraba que se hallaba en una ciudad enorme; pero ¿en qué ciudad?

Dan, debido a su profesión, había recorrido el mundo entero y no recordaba haber visto nada semejante. Claro que las restricciones de visita en algunos países, sobre todo en la URSS, podían haber evitado que conociese algún punto, en la misteriosa Siberia, donde bien podía hallarse una ciudad como aquélla.

Pero los hombres con los que se había encontrado hasta entonces hablaban un inglés correcto, y las calles de la ciudad tenían sus letreros en la misma lengua.

¡Era como para volverse loco!

La espera, que duró una veintena de minutos, le pareció interminable. Finalmente, cuando empezaba a desesperarse, la puerta se abrió y apareció el hombre de los cabellos plateados... ¡acompañado por Bernard!

Su amigo llevaba una bata blanca, pero era el mismo, con la sonrisa que Dan esperaba ver en sus labios.

—¡Bernard!

—¡Dan!

Se estrecharon la mano con sincera efusión,

Y Lower, volviéndose hacia el otro, reconoció:

—Sí; es Dan Fletcher, el prometido de mi hermana.

Luego, mirando al periodista, le preguntó:

—¿Cómo se te ocurrió esta locura, Dan?

—No es ninguna locura, Bernard. Judit está muy asustada y, además, aunque creo que lo ignoras —y miró a Fuster —, la policía te está buscando.

—¿La policía?

—Sí. Creen que has sido tú quien mató a Soleman, el dueño del casino.

Bernard se volvió hacia el hombre de los cabellos plateados. El tono de su voz había cambiado y una cierta aspereza había aparecido en él.

—¿Qué significa esto, Fuster?—inquirió.

El otro dudó unos instantes.

Luego, con una triste sonrisa en los labios, reconoció:

—Debí decírselo antes, es cierto, Bernard... Pero no quise preocuparle más.

—Creo que es hora de que me lo diga todo.

—Sí. Yo volví al casino, mientras usted me esperaba, dispuesto a comprar el collar a cualquier precio. Discutí con aquel granuja y llegamos al acuerdo de que debía entregarle cuarenta mil dólares.

—¿Eh? Pero ¡si él no me dio más que cinco!

—Eso es cierto —intervino Dan.

—Después —siguió diciendo Fuster—, cuando le había entregado la suma y tenía el collar en mis manos, se lanzó cobardemente sobre mí con la intención de volver a apoderarse del collar. Me defendí... y le maté. Pero dejé el dinero en su mano.

—Comprendo —dijo Bernard, con el rostro ensombrecido—. ¡Era un canalla! Pero ahora toda la culpa cae sobre mí. ¡Pobre Judit!

—La policía no podrá nunca demostrar que usted lo mató —dijo el hombre de los cabellos plateados—. No tema nada, amigo mío. Yo tampoco quise matarlo, pero no tuve más remedio...

—Está bien. Creo que yo también hubiese hecho lo mismo. ¡Cuarenta mil dólares!... ¡Qué sinvergüenza!

Hubo una pausa que Fuster rompió para decir:

—Lo que hay que arreglar ahora es la presencia de su amigo aquí.

—¿Qué piensa usted hacer?

—No lo sé.

—No quiero que se le haga daño alguno.

—No tema.

—¿Entonces?...

—No veo más que una solución.

—¿Cuál?

—Tendrá que quedarse aquí. Es imposible que regrese. Lo echaría todo a rodar.

CAPÍTULO V



SCUCHEN un momento!

La exclamación de Dan hizo que los dos hombres se volviesen hacia él. Y Bernard inquirió:

—¿Qué te ocurre, Dan?

—Que creo que están exagerando ambos... Deciden lo que se ha de hacer conmigo como si fuese su prisionero ¡Yo deseo volver a Nueva York!

—No es posible, Dan.

—¿Por qué?

—Porque estás en Nueva York.

Dan exclamó:

—¿Eh? ¿Me tomas por loco o por tonto?

—Por ninguna de las dos cosas.

—No te creo.

Bernard se volvió al otro:

—Puesto que se ha decidido que no volverá, ¿puedo decirle la verdad?

—Sí. Yo voy a acompañar al profesor Several. Volveré dentro de un rato.

—Bien.

El hombre de los cabellos plateados se fue.

—Siéntate, Dan —invitó Bernard.

Así lo hizo el periodista y luego encendieron sendos cigarrillos.

—Lo que voy a decirte —empezó diciendo Lower— va a parecerte imposible, como me lo pareció a mí, que tuve la misma sorpresa que tú.

—Empezarás por el principio, ¿verdad?

—Sí. Acababa de dejar a Judit, porque quería dar una vuelta completamente solo por la ciudad, pensando en lo imbécil que había sido al dejarme arrastrar por el juego, cuando Fuster, al que ya conoces, me abordó.

»Había detenido su coche a mi lado y me habló, prometiéndome rescatar el collar si le ayudaba a hacer un trabajo de vital importancia.

—¿Qué clase de trabajo?

—Luego lo verás. Déjame ir por orden. Yo le dije que tenía contratos que no podía dejar de cumplir, pero él acabó convenciéndome y me rogó que lo probase al menos.

»Entonces fue cuando se marchó a por el collar, matando, como acabo de saber, a ese granuja de Soleman.

—¿Dónde te llevó después?

—Estuvimos en una casa que había alquilado en los alrededores de la ciudad. Hablamos y me preguntó cómo iban mis trabajos. Se lo dije y entonces se dio cuenta de que necesitaba un aparato que yo había inventado y que estaba en la Compañía de Kresmer.

—¿Por eso llamaste a Alan?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo él.

—Comprendo. Eso te hizo seguirnos, como me ha explicado Fuster, y oír parte de la conversación. Luego nos seguiste.

—Sí. Hasta que el coche desapareció.

Bernard sonrió.

—Yo también pasé por la misma experiencia. Y cuando me desperté estábamos entrando en esta ciudad.

—¿Dónde estamos, Bernard? ¡Por el amor de Dios!

—En Nueva York.

—¡No es cierto!

—Lo es y no lo es...

—¿Quieres hacer el favor de explicarte?

—Sí. Estamos en Nueva York, pero no en la que tú y yo conocemos, sino en otra Nueva York, en otro planeta.

—¿Eh?

—Te estoy diciendo la verdad. Esta ciudad pertenece a Geo Dos.

—¿Y qué demonios es eso?

—Una Tierra como la nuestra, idéntica en su geografía, muy parecida en su historia, pero situada en un «vector espaciotemporal» distinto.

—¡Que me ahorquen si te entiendo!

—Comprendo. Las mismas dificultades tuve yo, al principio. Pero voy a intentar aclararte todo esto.

»Verás: resulta que el universo, tal y como lo concebíamos hasta ahora, no respondía a la realidad. De la misma manera que el mundo del átomo está regido por dos signos, el positivo, representado por el protón, y el negativo, por los electrones, el universo en doble.

»Hay un mundo, el nuestro, que conocemos. Y otro, éste, que es como un duplicado del anterior, un universo con signo contrario.

—Sigo igual que antes.

—Bien. Todo el misterio reside en nuestro erróneo concepto del espacio. Ya sabes que antes se creía firmemente en la existencia de un espacio tridimensional formado por lo largo, lo ancho y lo profundo...

—Sí:

—Luego vino Einstein y nos demostró que el espacio era cuadridimensional, uniendo a las tres dimensiones clásicas el tiempo.

—También lo sé.

—Perfecto. Pero seguíamos equivocados.

Dan se extrañó.

—¿Aún?

—Sí. Einstein olvidó que, además de la incurvación de su espacio cuadridimensional, había otra cosa: la bipolaridad.

—¿Lo del negativo y positivo?

—Sí; pero no tomes esas palabras de una manera peyorativa: que una cosa sea negativa no quiere decir, en Física, que sea nula.

—¡Desde luego!

—Pues bien. El espacio universal, formado por átomos, no podía escapar a esa ley de bipolaridad. Y de ahí se llega a la lógica conclusión de que todo está repetido: el sol, las estrellas, las nebulosas... y la Tierra.

—¡Fantástico! ¿Y dónde se halla esta Geo Dos?

—En el mismo sitio que la Geo Uno.

—¿Eh?

—Sí. Tú sufres ahora el prejuicio humano mil veces repetido a lo largo de la historia y resultante de lo limitado de nuestros sentidos y de nuestro cerebro.

«Antes, los hombres creyeron que la Tierra era plana, luego que era inmóvil, el centro del universo, después lucharon con el concepto del espacio einsteniano. No es de extrañar que ahora tú te rebeles contra la idea de que dos planetas pueden estar en el mismo sitio.

—Pero ¡eso es imposible!

—Era, amigo mío... hasta que empezamos a comprender el concepto de la bipolaridad. La Tierra, nuestra Tierra, está aquí mismo y hasta es muy posible que nuestra querida Nueva York coincida exactamente con ésta en la que nos encontramos. Pero no debes olvidar que ambas, aun aparentemente en el mismo lugar, ocupan un «vector espaciotemporal» distinto.

—¡Si tú lo dices!...

—Es cierto, Dan. Y la prueba es que estamos aquí.

—Bien, démoslo por demostrado. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Por qué estamos aquí?

—Ésa es otra cuestión. Geo Dos está en peligro.

—¿De qué?

—Verás. Déjame decir antes que los habitantes de este mundo lograron, antes que nosotros, conocer la existencia del otro planeta, del nuestro. Y algunos miembros de su Consejo Mundial lo visitaron; de riguroso incógnito, está claro.

«No deseaban ser vistos y no querían molestarnos. Deseaban sólo visitar y conocer nuestra forma de vivir.

—¿La encontraron distinta?

—No; salvo ciertos detalles. Ellos han evolucionado un poco más que

nosotros. Poseen un gobierno mundial y han terminado con las guerras que, como he sabido, padecieron de una forma casi igual a las que nosotros sufrimos.

—Sigue.

—Pero ellos han tenido mala suerte.

—¿Por qué?

—Porque les tocó la peor parte, ya que su universo está poblado de distinta manera que el nuestro. Ya sabes que hemos logrado averiguar que, por ejemplo, en nuestro sistema solar y salvo formas de vida puramente elemental, no hay nada semejante al hombre en ninguno de los planetas que giran alrededor del sol.

—Es cierto.

—A ellos no les ha ocurrido lo mismo.

—Pero ¿no decías que los dos universos eran semejantes?

—Semejantes sí, pero no iguales. Parece ser que las condiciones para la vida inteligente se dan mejor en la forma Dos.

—Entendido.

—Lo que ha hecho que Geo Dos se vea invadida por seres venidos de Marte.

—¿De Marte Dos?

—Claro. La invasión ha sido tremenda y puede decirse que Europa, Asia y África de este planeta están ya ocupadas por los marcianos.

—¿Cómo son?

—Ahí vamos. Los terrícolas de Geo Dos no han logrado verlos... vivos. Sólo poseen un trozo de cuerpo de uno de los invasores que sacaron de una máquina que el marciano pilotaba. No han podido, desgraciadamente, reconstruir el cuerpo ni siquiera aproximadamente. Por eso fueron en busca del profesor Several.

—¿Es que no hay biólogos aquí?

—Sí, y muy buenos.

—¿Entonces?...

—Lo que ocurre, amigo Dan, es que los genios son una excepción y se dan muy poco en el universo. Ninguno de los sabios actuales de este planeta puede compararse con Harry Several.

—Bien. Y tú, ¿por qué fuiste traído aquí?

—No quiero ser vanidoso hasta decir que no hay ingenieros electrónicos como yo. Son estupendos, por lo poco que he podido ver... pero yo había descubierto algo que ellos desconocían. Y cuando fueron informados por Fuster, le pidieron que me trajese inmediatamente aquí, fuera como fuese.

—¿Para qué?

—Verás: los marcianos no dan la cara en la invasión; son sus poderosas máquinas las que lo hacen. Mecanismos portentosos, una especie de robots, pero no de forma clásica, sino parecidos a arañas gigantescas, que destruyen todo lo que se pone a su alcance.

—Entiendo.

—Ellos, los habitantes de Geo Dos, sabían que yo estaba trabajando en un mecanismo capaz de variar las directrices de una máquina electrónica a distancia. Era precisamente lo que necesitaban, ya que si yo soy capaz de anular las órdenes electrónicas de los robots marcianos, éstos no podrán atacar y la invasión podrá ser detenida. Hasta que el profesor Several descubra la naturaleza de las criaturas atacantes y se proceda a su destrucción. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Algo más?

—Sí. Y una vez acabada esta invasión... ¿qué harán con vosotros?

—Querrás decir con nosotros.

—De acuerdo: ¿qué harán con nosotros?

—Volveremos a la Tierra.

—¿Lo crees?

—Sí.

—¡Qué iluso!

—¿Por qué?

—Porque esta gente no nos soltará nunca más. ¿Te imaginas lo que pasaría en nuestro planeta si dijésemos esto?

—Es que no lo diremos.

—¿Cómo? ¿Vas a decirme que no hablarás de Geo Dos?

—Yo no. Ni tú tampoco.

—No puedo prometerlo.

Bernard sonrió levemente, encogiéndose de hombros.

—Bueno. No nos conduciría a nada discutir esto. Yo tengo mucho trabajo, Dan.

—¿Y qué voy a hacer yo, entretanto? Porque no irás a decirme que dejarás que me encierren. La invasión puede durar meses, años... ¡Creo que te has vuelto loco! ¡Pobre Judit!

—Pienso en ella.

—¡Como si ella ganase algo con eso! Ahora, cuando se entere de mi desaparición, se volverá loca de dolor.

—Es cierto.

Dan sugirió:

—Yo podría volver y calmarla.

Una voz sonó a su espalda.

—Eso es imposible.

El hombre de los cabellos plateados estaba ante ellos y había entrado tan silenciosamente que no se dieron cuenta de su presencia en la estancia hasta que habló.

—¿Imposible? —bramó Dan—. ¿Qué clase de hombre es usted? ¿Qué se ha creído? La señorita Lower es mi prometida y no voy a consentir, por muchas invasiones marcianas que tengan ustedes que resolver, que esté

llorando la desaparición de las dos únicas personas que le quedan en la vida.

—Eso es cierto, Fuster —apoyó Bernard.

El hombre frunció el ceño.

Luego preguntó:

—¿No tiene su hermana más familia, Bernard?

—No.

—Bien. Voy a hacer una nueva excepción: la traeré aquí.

—¡No! —rugió Dan—. ¡Ella no debe venir a este planeta en el que puede estar expuesta a peligros tremendos!

—Lo siento —repuso Fuster—, pero no veo otra solución. ¿Quiere acompañarme, Bernard?

—Sí.

—¿Y yo?

—Usted puede salir libremente por la ciudad. Y vaya pensando en lo que le dicho. Esta tarde, cuando vuelva aquí, me dará una respuesta definitiva.

—¿Y cómo voy a volver?

—Uno de mis hombres le acompañará.

—Comprendo.

La puerta se abrió y un joven, correctamente vestido, se inclinó ante Fuster.

—¿Me llamaba, señor?

—Sí. Este señor, amigo mío, quiere visitar la ciudad. Llévele por donde desee. Sin restricción alguna.

—Bien.

Fuster y Bernard abandonaron la estancia.

Entonces el joven dijo:

—Cuando usted quiera, señor...

—Me llamo Dan Fletcher, pero puede llamarme Dan.

—Usted puede llamarme Edward o Ed, como más quiera.

—Bien, Ed. Creo que tendremos que tomar las cosas con tranquilidad. Acalorarse no sirve para nada, por lo visto. ¡En marcha!

—Vamos, Dan.

Abandonaron el edificio por una puerta distinta de la que habían utilizado Dan y sus acompañantes para entrar. La puerta daba a una avenida por la que circulaban muchos vehículos. El periodista vio que allí se había generalizado el procedimiento de los coches sin ruedas, que flotaban a pocos centímetros del suelo, moviéndose con extremada facilidad.

Su acompañante le llevó hacia un vehículo, de hermoso color blanco, que había cerca de allí. Le abrió la puerta, y cuando Dan estuvo sentado, entró el otro, colocándose ante el volante.

—Creo —dijo el guía— que será mejor echar primero una ojeada a la ciudad desde el aire. Porque usted es forastero, ¿verdad, Dan?

—Sí, vengo de Tierra Uno.

—¿De dónde?

—De Geo Uno; el otro planeta hermano gemelo de éste.

Ed le miró con extrañeza.

—No le comprendo, Dan.

—Es igual. ¡Cuando quiera!

Se había dado cuenta de que aquel hombre ignoraba lo que Bernard le había contado. ¿Sería sólo un secreto de los misteriosos directores de aquel planeta?

El coche, una vez en marcha, se separó velozmente del suelo, demostrando a Dan que podía convertirse, al antojo de su conductor, en un aparato volador que el muchacho que le acompañaba conducía con verdadera y sorprendente maestría.

Una vez a la altura de los edificios, cuando las azoteas estuvieron bajo él, Dan contempló una serie de círculos brillantes que no faltaba en ninguna de ellas.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Son nuestras baterías de defensa —repuso el guía—. Las utilizamos para combatir a las máquinas marcianas.

—¿Han venido alguna vez por aquí?

—Afortunadamente, no. Porque si lo hicieran, no podríamos defendernos contra ellas.

—Entonces... esas baterías...

—Es todo lo que tenemos. Y si se dejan ahí es para dar un poco de confianza a la gente.

—Comprendo. He oído decir que los marcianos ocupan el resto del planeta. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Y no han atacado aquí aún?

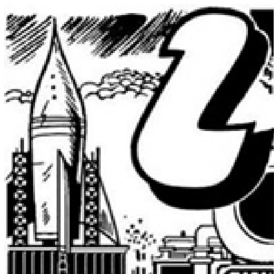
—No. Han ocupado Francia, Inglaterra, África entera y casi toda la China. Los rusos, alemanes, búlgaros, nórdicos y otros pueblos están intentando detener vanamente a los invasores. Por eso no se han decidido a venir hacia acá por ahora.

—¿Ha visto usted a algún marciano?

—No. Y tampoco los pueblos que luchan desesperadamente contra ellos. Mantenemos comunicación por radio con casi todas las naciones. Sólo han visto las máquinas, pero no los seres que las mandan desde lejos.

La visita a la ciudad hizo comprender a Fletcher que aquella Nueva York estaba mucho más evolucionada que la que él conocía; pero, de todos modos, prefería la suya, con sus defectos... y con Judit.

CAPÍTULO VI



E habían dado una habitación magnífica en el monumental edificio que, como luego supo, ocupaban las autoridades militares y civiles «americanas».

¡Qué extraño era todo aquello!

Cuando su simpático guía le había hablado de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de China, le pareció mentira oír aquellas mismas palabras en la boca de un hombre que habitaba... otro planeta.

Pero, por lo visto, el «vector espaciotemporal», del que le había hablado Bernard, escondía muchos más misterios de los que se podía deducir en un principio.

Sin embargo, todo era cierto.

Estaba visto que los dos mundos habían evolucionado de manera casi idéntica, con una historia que se acoplaba casi exactamente. Los nombres eran los mismos y los continentes iguales. Nada podía extrañar que se pareciesen tanto el uno y el otro.

¡Geo Dos!

Un mundo que había conocido Césares, Edad Media, Revolución Francesa, descubrimiento de Nuevo Mundo... Un planeta que, sin saberlo, había palpitado al mismo ritmo que su gemelo, el verdadero, el único para Dan.

Cenó solo, pero cuando se disponía a fumar un cigarrillo, tras beber una taza de excelente café de Colombia (de Geo Dos), la puerta se abrió, dejando pasar a Bernard.

—¡Hola! —saludó el recién llegado, dejándose caer en una silla vecina.

—Hola. ¡Por fin! Creí que no te ibas a dignar venir a verme.

—¿Por qué no?

—¡Hombre! Parecías tan de acuerdo con esta gente, que creí que los demás ya no importaban nada para ti.

—No seas testarudo, Dan. Esta pobre gente nos necesita.

—Te necesita.

—A todos. Están desesperados.

—¿Y tu invento?

—Avanza, y he de decirte que los hombres que me ayudan para montarlo definitivamente son magníficos especialistas. Pero tardaremos aún un par de

semanas en ultimarlo.

—No es mucho.

—¡Es una eternidad! He oído hoy, estremeciéndome de horror, los comunicados de radio de Europa. Los marcianos, o mejor dicho sus máquinas, están terminando de ocupar lo poco que les quedaba a los hombres.

—Eso me ha dicho mi acompañante.

—¿Y no te parece horrible?

—Sí, pero no dejo de pensar en Judit.

—¿Por qué no la dejas venir aquí?

—¡Es una locura, Bernard! ¡Parece mentira que tú, su hermano, hable de esa manera! Prefiero, mil veces, que sufra en nuestra ciudad a que tenga que asistir a la invasión de los marcianos en ésta.

Lower bajó la cabeza.

—Es posible que tengas razón.

—Bien sabes que la tengo. Y otra cosa: no debiste nunca venir aquí, Bernard.

—Era mi deber: el deber de todo ser humano con conciencia.

—¿Y si murieses aquí?

—No me importaría. Habría hecho algo digno para defender a esta pobre gente.

Dan se pasó la mano por la frente.

Murmuró:

—No acabo de entenderlo. Lógicamente, esta ciudad debía estar asustada. Hoy la he visitado, bastante a fondo, y no he visto ninguna muestra de miedo o de simple intranquilidad en ningún lado.

—Es que no se ha informado a nadie.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que la gente ignora lo de los marcianos?

—Así es.

—Pero, ¿y las emisoras del otro lado del mar? ¿Es que no las oye nadie?

—Se han requisado los aparatos de radio y sólo funciona la televisión.

—¡No hay derecho!

—¿A qué?...

—¡A tener a la gente sumida en esta estúpida ignorancia! ¿Qué clase de país es éste, Bernard? En el nuestro, tal cosa no sería posible.

—Quieren evitar el pánico.

—¡Sí, ya sé! Y dejar que, un buen día, sin que sepan lo que se les echa encima, se presenten los marcianos y maten a la gente como conejos. ¡Bonita esa política tan «humanitaria» de los dirigentes de este país!

—¿Y qué podían hacer?

—Decir la verdad. Preparar a la gente para que, a su modo, se defiendan. Un ser humano tiene derecho a saber por qué muere. Sólo los animales que van al matadero lo ignoran.

—Tienen conceptos diferentes a los nuestros.

—Y que no me gustan nada; pero que nada... ¡Si pudiese escaparme de

aquí!

—No seas loco. Sabes que es imposible.

—No hay nada imposible. El coche de tu buen amigo Fuster debe poseer un dispositivo especial para pasar de un vector al otro. ¿No es así?

—Evidentemente.

—Sí yo supiese dónde está el coche y cómo se maneja ese dispositivo nos largaríamos de aquí.

—No te sabía tan inhumano.

—No lo soy, Bernard. Lo que ocurre es que hay aquí algo que no me gusta nada.

Bernard se puso en pie.

—Lamento que pienses de esa manera, Dan. Porque no saldrás nunca de aquí... hasta que se haya acabado todo esto. Creí, por un momento, que me comprenderías, que sentirías lo que yo siento por esta pobre gente que ha ido a nuestra Tierra por un poco de ayuda...

Fletcher pareció rendirse a la evidencia.

—Perdona, he ido demasiado lejos; pero es que el estar lejos de Judit, sabiendo lo que sufre, me pone fuera de tino.

Sonriente, Bernard se acercó a él, poniendo su mano sobre el hombro de su amigo.

—¿Crees que dejo de pensar en ella un solo momento?

—Lo sé, pero es distinto. Para ti es una hermana... para mí es la mujer que quiero hacer mía.

—No te preocupes. Pronto terminaré de encontrar la fórmula definitiva y pegaremos una buena paliza a esos marcianos del diablo.

—¿Y qué hace el cascarrabias del profesor Several?

—Trabaja. El trozo de carne marciana que se encontró en el aparato destrozado es muy parecido a la nuestra y Harry está estudiando ciertas reacciones para ver de qué forma podría atacarse a esos seres.

—¡Ojalá lo halle pronto!

—Así lo esperamos todos.

—¿Sabes que la ciudad es muy interesante?

—Yo también la he visitado.

—¿Te ha gustado?

—Muchísimo. Y creo que te habrás dado cuenta de que utilizan la energía solar para la iluminación y el calor de las casas.

—No, no lo sabía.

—¡No me digas! Habrás visto esos espejos que hay sobre todas las azoteas.

—¿Esos... espejos?

—Sí. Se trata de concentradores de energía solar. Vi cómo funcionaban y es francamente magnífico.

Dan no insistió.

Recordaba perfectamente que su guía le había dicho que eran baterías para defenderse de los marcianos.

Poco después, Bernard se iba y Dan se quedó solo, pensativo, meditando en lo que Bernard le había dicho y que se daba de patadas con las manifestaciones de Ed.

Seguía sin entender ni una sola palabra.

* * *

En vez de irse a dormir, Bernard, preocupado, por la marcha de sus experimentos, pasó una vez más por el laboratorio que, a aquellas horas de la noche, estaba completamente vacío.

Una serie de bancos de trabajo habían sido colocados alrededor de la mesa central donde el joven ingeniero tenía su famoso aparato. Como le habían indicado, lo desmontó por completo para explicar a los técnicos de Geo Dos el interior del mecanismo. También le convino a él hacer aquel desmontaje, ya que deseaba repasar los relés, uno a uno, de manera a encontrar lo que aún le faltaba para ultimarlo completamente.

Sobre los bancos de trabajo, diez en total, se habían montado otros tantos aparatos en el mismo estado avanzado que el que había en la mesa central ya que, para la defensa contra los marcianos, los hombres de Geo Dos necesitaban multitud de mecanismos capaces de modificar el funcionamiento de los robots espaciales que habían conquistado casi la totalidad del planeta.

Bernard miró, con legítimo orgullo, la obra de sus años de estudio. La utilidad de aquel sistema estaba destinado en la Tierra, en su planeta de origen, a modificar el funcionamiento de las máquinas y ahorrar millones de dólares, facilitando al mismo tiempo el trabajo de miles y miles de industrias.

Pero aquí iba a ser muy distinto.

Su aparato resolvería una situación ciertamente dramática, dando a aquellos pobres habitantes de Geo Dos la oportunidad de borrar de su planeta el espantoso peligro que se cernía sobre él.

¿No era para estar orgulloso?

Lower sonrió, diciéndose que ya era hora de concederse un poco de descanso. Había trabajado durante todo el día y, aunque no estaba fatigado, quizá porque su nerviosismo se lo impedía, necesitaba unas horas de sueño para estar dispuesto a la mañana siguiente, en que los técnicos se presentarían, puntuales, para seguir recibiendo sus enseñanzas.

Abandonando el laboratorio de Electrónica, salió por el pasillo profusamente iluminado, dirigiéndose hacia el ascensor que iba a llevarle a la planta donde estaba situada su habitación; pero, al llegar al final del corredor, vio luz en el laboratorio del profesor Several y llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Adelante! —gritó una voz desde el interior.

Lower penetró en la amplia estancia, tan diferentemente amueblada de su centro de trabajo. Allí, todo eran tubos de ensayo, probetas, microscopios gigantes, platillos llenos de líquidos multicolores...

Y en medio de aquel caos de cristal y metal, se hallaba Harry Several,

vistiendo bata blanca, brillando sus ojos con intensidad inusitada, con aspecto de un hombre febril y preocupado.

—Buenas noches, profesor —saludó el joven.

—Buenas noches, Bernard.

—Espero no molestarle. Pasaba por aquí para ir a dormir, cuando vi la luz encendida y pensé que usted seguía trabajando. ¿Es que no va a descansar?

El otro frunció el ceño.

—No. No podría pegar el ojo.

—¿Por qué?

—Es inverosímil...

Guardó silencio unos instantes, sin dejar de mirar al ingeniero. Había como una sombra que velaba ahora la intensa luz, que brillaba momentos antes en sus pupilas.

—Los marcianos deben de estar constituidos exactamente como nosotros —dijo, después.

—¿Eh?

—Sí. Ya no me cabe la menor duda. He examinado el trozo de carne y no hay diferencia alguna con la nuestra: igual constitución bioquímica de los tejidos, idéntica distribución... En fin, que no hay duda de que son como nosotros.

—Pero...

—Ya sé lo que está usted pensando, Lower. Las mismas dudas me asaltaron a mí al empezar estas experiencias. Si los marcianos son humanos como nosotros, ¿tenemos derecho a destruirlos?

—No lo sé.

—Si fueran seres monstruosos, distintos a todo lo que conocemos, la cosa sería distinta.

—De todos modos, no debemos olvidar que han invadido este planeta sin ser molestados.

—Desde luego.

—Piense usted, profesor, los millones de seres que han muerto ya por culpa de esos invasores: mujeres, niños, ancianos, criaturas que vivían plácidamente en una civilización llena de paz, puesto que no podrá negarme que esta gente ha conseguido un avance internacional mucho más completo que el nuestro.

—De eso no hay duda.

—Fíjese usted que nosotros, en nuestro planeta, seguimos tan divididos como antes, aunque el temor general a una guerra moderna de exterminación total haya frenado un tanto ambiciones y deseos belicosos de los pueblos de nuestra Tierra.

»Aquí, por el contrario, han llegado a constituir un Gobierno Mundial, borrando las fronteras, sobre todo en lo que se refiere a los peligros militares, y viven, como ha podido comprobar, en un estado de civilización magnífico.

Several reconoció:

—Es cierto.

—Yo no creo que el hecho de que la constitución orgánica de los marcianos sea igual a la nuestra haya de ser objeto de dudas en nuestro deseo de ayudar a esta pobre gente.

—¿Usted lo cree así?

—Estoy plenamente convencido.

—Es muy posible que tenga razón. Pero lo que yo quisiera saber es qué clase de constitución orgánica es la de nuestros amigos.

—Igual que la nuestra.

—No.

Lower miró, interrogativamente, al profesor.

—¿Está usted seguro?

—Por completo. Si la constitución de los habitantes de Geo Dos fuera como la nuestra, ¿para qué me habrían llamado? Comprenda que sería una estupidez completa, ya que sus biólogos, con los que he tenido ocasión de hablar, no hubiesen necesitado mi ayuda para examinar el trozo de carne marciana que, siendo igual a la nuestra, lo sería a la suya.

—Así es.

—Por lo tanto, podemos deducir sin temor a equivocarnos que la constitución de nuestros amigos es esencialmente distinta a la nuestra y, por ende, a la de los marcianos.

—Entonces ¿cuál es la constitución de los habitantes de Geo Dos?

—Eso es, precisamente, lo que yo desearía saber

—¿Y no se ha atrevido a preguntárselo?

—No he tenido ocasión para ello; pero lo haré en cuanto se presente.

—Bien. Por el momento, profesor, creo que lo mejor sería ir a descansar. ¿No le parece?

—Sí. Ya tendremos tiempo de preocuparnos de todo esto.

Poco después, los dos hombres abandonaban el laboratorio, tomando juntos el ascensor que les llevó a su piso.

Pero ni uno ni otro durmieron mucho.

* * *

Dan tampoco dormía.

Pero, al lado de sus preocupaciones, había una serie de ideas que iban abriéndose paso y que constituían la base de una decisión que tomaba forma en su mente.

Desde luego, no podía haber encontrado la respuesta adecuada a las preguntas que sin cesar se había hecho. Pero, la duda, una duda enorme, le asaltaba.

Para Dan, las cosas no eran tan sencillas como para Bernard y el profesor. Alejado de la pasión científica que envolvía a éstos, podía observar la situación con una mayor claridad, percatándose de detalles que forzosamente debían escapar a los otros.

Pero hubiera dado cualquier cosa por poder entender lo que aquellos hombres de Geo Dos se proponían.

Desconfiaba, sí; pero, ¿de qué?

¿No era la forma un tanto violenta de retenerle allí, lejos de Judit, lo que le hacía sospechar de las intenciones de los que le rodeaban?

Tuvo que confesarse que no poseía material suficiente para dictaminar de una manera fría que los habitantes del planeta repetido estaban haciendo un juego sucio; pero, de todos modos, la intranquilidad y la duda le asediaban y no estaba dispuesto a dejarse arrastrar por el cálido entusiasmo que había descubierto en el hermano de su prometida.

¿Qué hacer?

Pensando en la visita que había hecho a la ciudad, rememoró los más ínfimos detalles de la misma, comprobando, casi enseguida, que su acompañante se había limitado a mostrarle aquella gigantesca Nueva York desde el aire.

Estaba claro como el agua que su guía había elegido el camino aéreo para impedirle que viese la ciudad «desde abajo».

¿Por qué?

Bastaba aquella duda para establecer en el espíritu de Dan la seguridad de que los hombres que les habían recibido tenían algo muy importante que ocultar.

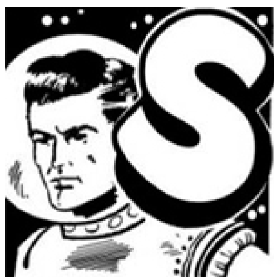
¡Naturalmente!

Desde que habían llegado a Geo Dos, les habían confinado en aquel colosal edificio, dándoles un trato especial, pero sin permitirles entrar en contacto con la gente de la calle.

Dan sonrió.

Ahora sí que tenía algo importante que hacer. Y, sin dudarlo un instante más, se preparó para salir como fuese de aquella casa, deseoso de recorrer las calles y ver «qué pasaba» en ellas que a sus aprehensores no les interesaba que supiesen sus huéspedes de Geo Uno.

CAPÍTULO VII



ALIR de allí?

Una cosa era proponérselo y otra llevarlo a cabo. De todas formas, Dan estaba dispuesto a intentarlo y, ni corto ni perezoso, abrió la puerta de su estancia, echando una primera ojeada al pasillo iluminado y desierto.

Avanzó.

Al llegar al rellano se dijo que sería una verdadera estupidez utilizar los ascensores, ya que podían estar controlados y se descubriría enseguida que alguien estaba sirviéndose de uno de ellos.

Encontró la escalera un poco más allá. Como todo el interior del edificio, estaba profusamente iluminada, silenciosa...

Haciendo de tripas corazón, el joven periodista empezó a bajar los escalones blancos, cubiertos por una alfombra del mismo color que debía ser de nylon, lo bastante densa para ahogar por completo el ruido de sus pasos.

Los pisos le parecieron interminables.

Cada vez que debía dar una vuelta, al llegar a un recodo, se pegaba a la pared, avanzando queda y precauciosamente, temiendo siempre encontrarse con alguien que subiese. Pero, recordando que los ascensores eran más cómodos y rápidos, se dijo que era bastante difícil que alguien los despreciase, subiendo por la escalera.

Así llegó a la planta baja.

La escalera no desembocaba en el amplio vestíbulo que él ya conocía, sino que terminaba bruscamente ante un pasillo que parecía inclinarse, en una suave rampa, hacia no sabía dónde.

No teniendo elección alguna, siguió por aquel camino con el mismo cuidado que hasta entonces. El pasillo se torcía un poco hacia la derecha y la pendiente iba aumentando. La anchura de aquel corredor era grande y Dan se preguntó para qué podía ser utilizado.

Poco después lo sabía.

En efecto, de repente, tras un recodo en suave curva, el joven comprobó que el pasillo desembocaba en un enorme garaje donde había una media docena de coches negros, todos del mismo tipo que el que le había traído a aquel planeta, encerrado en el portamaletas.

Todos tenían ruedas.

Dan se dijo que aquellos vehículos debían de ser utilizados exclusivamente para ir a Geo Uno, a su amada Tierra, ya que según había visto cuando salió a la ciudad con su guía, la totalidad de los coches utilizados por los habitantes de Geo Dos, no tenían ruedas.

No pudo resistir la curiosidad y, acercándose o uno de ellos, abrió las portezuelas, que por fortuna no estaban cerradas con llave, examinando curiosamente el interior.

El tablero de mandos era mucho más complicado que el de un coche normal y poseía, bajo los botones e indicadores corrientes, una serie de palancas y bombillas, con cascos de diferentes colores, que debían señalar distintas maniobras.

Luego, al levantar la tapa del motor descubrió algo muy interesante al lado del bloque: un aparato complicado, con muchísimos cables y bobinas, que no debía ser ni más ni menos que el mecanismo que permitía a aquella gente trasladarse de una Tierra a la otra.

De haber estado Bernard a su lado, seguro que el electrónico hubiese descubierto el manejo de aquel aparato. Pero, por el momento, no podía contar con su futuro cuñado, que estaba entusiasmado ayudando a los habitantes de Geo Dos.

Dejando el coche como lo había encontrado, después de comprobar que todos ellos tenían matrícula de la Nueva York de verdad, se puso a buscar la manera de abandonar el garaje y, al mismo tiempo, el edificio.

La puerta metálica estaba cerrada sólidamente y no había nada que hacer para abrirla. Desesperado, salió del garaje, entrando en una habitación vecina, una especie de pequeño despacho, iluminándose su rostro de alegría al ver una ventana que daba a la calle.

La altura hasta el piso de la avenida no excedía de dos metros y Dan no tardó nada en abrirla y dejarse caer, con las piernas flexionadas. Sin embargo, antes de tirarse, cogió la ventana, tirando de ella para que quedase cerrada, al menos aparentemente, ante los que pudiesen mirarla casualmente desde fuera.

Respiró con fruición el aire del exterior, sintiéndose como nuevo al haber logrado lo que se proponía.

La avenida, por aquella parte al menos, estaba completamente desierta; pero eso no quería decir que la ciudad también lo estuviese. Imbuido en aquella esperanza, Dan echó a andar rápidamente, aunque no tanto como para llamar la atención.

Nada más atravesar una enorme plaza que había ante el monumental edificio de donde había salido, comprobó que no se había equivocado al pensar que la soledad de los alrededores de aquél no era general.

En efecto.

Grupos de personas caminaban por las aceras, yendo despacio, como si paseasen, deteniéndose a veces ante los escaparates de las tiendas, que seguían iluminados, o entrando en los bares que abrían sus puertas,

encuadradas por multicolores carteles, a ambos lados de la calle.

Era el espectáculo normal que podía verse en cualquier ciudad del mundo a aquellas horas: gente trasnochadora que debía de haber salido de los espectáculos públicos y que se dirigía a pie a sus casas, aprovechando el clima cálido de aquella noche estival.

Dan se percató de que vestían como él, de una manera corriente, lo que le alegró, ya que aquello significaba que no iba a llamar la atención. Los transeúntes, exclusivamente hombres y mujeres, paseaban tranquilamente y no hicieron el menor caso ni prestaron atención alguna a Fletcher, que terminó por acostumbrarse a su presencia, como si estuviese andando por una de las calles de su ciudad natal.

Anduvo mucho, apartándose del centro para encaminarse hacia barrios menos lujosos que los que había visto hasta entonces. Nada raro ni extraordinario había en ellos que Dan no hubiese visto en centenares de barrios iguales a aquél.

Sus esperanzas se estaban desvaneciendo rápidamente y ya no pensaba encontrar nada en aquella ciudad pacífica y tranquila, cuando, de repente, al desembocar en un callejón, se vio atraído por la iluminación de un gran salón de donde salían gritos de gente alborotada.

Se acercó.

La entrada estaba abierta y, por vez primera, vio Dan a unos hombres vestidos con uniformes pardos e insignias en las solapas.

Eran soldados.

Las mujeres, en gran número, bailaban con ellos, y el humo del tabaco y el olor a gente y alcohol daba al ambiente el espesor de una bruma londinense.

Un muchacho joven estaba en el dintel de la puerta, contemplando arrobado la escena. No debía de tener más de quince años e iba vestido de una manera sencilla. Sus ojos brillaban intensamente y se leía en ellos la envidia y la admiración que le producía el espectáculo que estaba contemplando.

Dan pensó que aquel muchacho había sido providencial y que podía preguntarle sin despertar sospechas.

—¿Qué pasa aquí —inquirió.

El muchacho volvió la cabeza, mirando con extrañeza a Dan.

—¿Es usted forastero o acaba de llegar de la Luna? —preguntó, con una sonrisa de desprecio en los labios.

Dan encontró rápidamente la respuesta adecuada:

—He estado recluido en un sanatorio durante mucho tiempo —repuso.

La sonrisa del otro se amplió.

—Comprendo. ¿Mal de la azotea?

—Sí.

—No es extraño. Ha habido muchos que han ido a parar al manicomio. Sobre todo los pilotos.

—¿Los pilotos?

—¿No sería usted uno de ellos?

—Es posible; pero no me acuerdo de nada. Sufrí amnesia general, según dijeron los médicos que me cuidaron.

La sorna del muchacho desapareció como por ensalmo y una llamita de admiración brilló en sus ojos,

—¡Justamente lo que deseaba ser yo! Piloto... Pero he llegado tarde...

—¿Por qué? Todavía puedes serlo.

—¡No se haga ilusiones! La guerra ha terminado y ya no hay nada que hacer.

—¿La guerra?

—Sí. Ya veo que ha perdido totalmente la memoria —señaló a los soldados que seguían bailando y cantando, en medio de un estrépito formidable—. Esos también deseaban ir a la guerra, pero no llegaron a ninguna parte. Los aviones y los proyectiles teledirigidos acabaron con nuestros enemigos en menos de una semana.

—¿Quieres decir que hemos vencido a los marcianos?

El muchacho se extrañó:

—¿A los qué...?

—Perdona —rectificó Dan a tiempo, con una triste sonrisa en sus labios—. Tengo la cabeza llena de ideas raras.

—Debía haberse quedado un poco más en el sanatorio.

—Es posible. ¿Quieres decirme a quién hemos vencido?

—¡Naturalmente! A todos. Estados Unidos es hoy el único país que existe sobre la Tierra. Hemos destruido a todos los demás.

—¿A toda Europa?

El joven rió.

—¡Toda! —e hizo un gesto con la mano como si borrase cuanto había a su alrededor—. Europa, África, Asia y América del Sur. He hablado con algunos pilotos que no tuvieron que ser internados como usted. Claro que éstos fueron de los que llegaron al otro lado del mar cuando todo había terminado.

—¿Y qué dijeron?

—Que no había quedado absolutamente nada. ¡Tabla rasa!

—¡Qué estúpido soy!

—¿Por qué?

—Porque se me había metido en la cabeza que habíamos luchado contra los marcianos.

—Tiene gracia. Usted debía de ser como yo, de los que se pasan la vida leyendo historias de anticipación científica. El otro día leí una historia de ésas en la que se hablaba de que los mundos estaban repetidos y de que había otro planeta igual a éste, con las mismas ciudades y los mismos nombres. ¡Qué trola tan enorme!

—Sí, eso no puede ser cierto.

—¡Claro que no! Pero me divertí de lo lindo. Era un libro muy distraído.

Dan intentaba refrenar la angustia que le dominaba. La verdad había

llegado hasta él de una manera demasiado inesperada para poder digerirla totalmente.

Mil ideas contradictorias bullían en su mente y aunque había conseguido aclarar no pocas cosas, quedaban en su espíritu envueltas en una espesa bruma.

—Entonces... —dijo— ¿les hemos matado a todos?

—Sí. Las bombas atómicas y de hidrógeno acabaron con los que no esperaban el ataque. Les pegamos firme, por sorpresa, no dejándoles tiempo ni de respirar.

—¿Y qué haremos ahora?

—Esperar. He oído decir que tendremos que esperar cerca de veinte años para que la radiactividad producida por las explosiones nos permita llegar hasta allí y colonizar todo lo que será nuestro... ¡Veinte años! —suspiró, visiblemente desesperado—. ¡Mala suerte la mía! Ahora era demasiado joven para ir a la guerra, luego seré demasiado viejo para poder formar parte de los pioneros que irán a conquistar el mundo para nosotros.

—Es cierto.

Habían hablado lo suficiente y Dan dio las gracias al muchacho, alejándose prestamente de allí.

Estaba anonadado.

Apretando el paso, consiguió llegar ante la ventana del despacho. Cerró cuidadosamente y volvió a tomar el camino que le había llevado desde su habitación hasta allí.

Gravitaba un peso enorme sobre su alma y se sentía lleno de temores y miedos.

¿A qué horrible mundo habían sido llevados?

Tenía que hablar con Bernard y convencerle, fuera como fuese, de que estaba en un error y que, sin darse cuenta, se había puesto al servicio, al igual que el profesor Several, de un grupo de ambiciosos criminales que acababan de destruir la mayor parte de su propio mundo.

Entonces, ¿para qué querían conocer el invento de Bernard? ¿Y para qué necesitaban conocer los resultados de los experimentos del profesor Several?

¿Qué era aquel trozo de carne que tanto les intrigaba?

Eran demasiadas preguntas para ser contestadas con lo poco que había conseguido saber.

Iba subiendo por la escalera silenciosamente, pero tan ensimismado que, de repente, antes de poder darse cuenta, chocó con un hombre que salía de una puerta situada en uno de los rellanos.

Estuvo a punto de perderse.

En una cortísima fracción de segundo, su instinto de conservación reaccionó, impidiendo que fuese vencido por su adversario. De una manera automática, en vez de retroceder al chocar con aquel hombre, se abrazó a él con su solo brazo, levantando el otro, el derecho, para golpear furiosamente en el rostro de su enemigo.

El hombre gimió.

Pero no estaba vencido, ni muchísimo menos. Pasada la sensación dolorosa que debió producirle el golpe que le asestó el periodista, el hombre reaccionó, intentando desasirse de la presa que le tenía sujeto a Dan, quien utilizaba ahora los dos brazos para sujetarlo.

Una sorda pelea se inició entonces.

Dan se dio cuenta de que todo, absolutamente todo, dependía del resultado de aquella lucha y por eso puso en ella todo su empeño. Su enemigo se defendía intensamente y todo dependía de quien acertase a dar el golpe definitivo que le procuraría la victoria.

Fletcher tuvo la suerte de ser el autor de aquel golpe.

En un momento en que su adversario se descuidó, el pie derecho de Dan salió disparado, haciendo que el otro se doblase al tiempo que exhalaba un rugido ronco.

Aprovechándose de la ventaja conseguida, Dan le terminó de dos directos al rostro.

El hombre se desplomó pesadamente.

Respirando con la fuerza de un fuelle, Fletcher consideró a su adversario que yacía a sus pies. Su mente trabajaba con intensidad, ya que estaba pensando en cómo solucionar aquella papeleta, puesto que el agresor le iba a reconocer, lo que haría completamente inútil la victoria que acababa de conseguir tan costosamente.

Tenía que hacer algo.

Le repugnaba matar a un ser humano fríamente y se estremeció sólo al imaginarlo; pero, de todos modos, la lógica terminó por imponerse en su espíritu, teniendo que rendirse a la evidencia.

Tenía que matarle.

No tenía otra salida posible.

O dejaba allí aquel hombre, que al recuperar el sentido correría a avisar a sus jefes de lo ocurrido, o se deshacía de él...

Pero ¿cómo?

Meditó unos instantes.

Luego, la idea, la única factible, se abrió camino en su cerebro y, tras unos infantes de duda, tuvo que ceder y admitir que era la única solución lógica que se presentaba ante él.

Se inclinó sobre su vencido adversario, echándoselo al hombro con un esfuerzo que le hizo apretar los dientes. El hombre pesaba lo suyo, pero no era el momento de detenerse ante las dificultades que la realización de su plan ofrecía.

Empezó a subir la escalera, rogando con todas sus fuerzas que nadie más se interpusiese en su camino. Sabía que, al llegar a su piso, el décimo segundo, había una amplia ventana en el pasillo que daba directamente a un enorme patio situado en la parte posterior del edificio.

Nunca pudo explicarse cómo consiguió llegar hasta allí. Tenía las venas

del cuello hinchadas y el cuerpo mojado por un sudor que le pegaba la ropa a la piel.

Finalmente, con un suspiro de satisfacción, leyó el número 12 en el rellano que acababa de alcanzar y, decidiéndose, se permitió un pequeño descanso, dejando el cuerpo del hombre en el suelo.

El corazón le golpeaba locamente en el pecho.

Pero, por encima de la fatiga física, una especie de tranquilidad espiritual le hacía ver las cosas con una claridad meridiana. Había realizado un esfuerzo colosal, pero era la única manera de salir del tremendo aprieto en que la presencia de su adversario le había colocado.

No podía permitirse el menor error, ya que no sólo su vida, sino la de los dos verdaderos terrícolas, Bernard y Several, que estaban con él, dependían directamente de la decisión que estaba dispuesto a tomar.

Después de concederse aquel pequeño descanso, fue a abrir el amplio ventanal, echando una mirada de terror al fondo del patio. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

¡Iba a matar a un hombre!

Dudó, unos instantes, preguntándose si merecía la pena cargar, para el resto de su vida, con un crimen que no conseguiría olvidar nunca; pero, al recordar las terribles palabras pronunciadas por el muchacho con el que había hablado, al imaginar la horrible agresión, el cobarde ataque que había borrado la vida y la civilización de continentes enteros, encontró la fuerza suficiente para terminar lo que se había propuesto hacer.

Cogió en brazos el cuerpo del hombre, que seguía sin sentido, acercándose al ventanal. Lo puso sobre el borde, sujetándolo, como si aún dudase entre hacerlo o no.

Finalmente lo empujó, soltándolo al mismo tiempo.

El cuerpo cayó dando vueltas por la negrura del espacio; pero, antes de ver lo que seguiría fatalmente, Dan cerró la ventana con fuerza, como si desease poner el muro del cristal entre él y el choque horrible que se produciría allí abajo.

Luego fue hacia su habitación, cerrándose con llave.

CAPÍTULO VIII



RA muy temprano cuando Bernard se levantó, con la idea de que debía empezar a trabajar inmediatamente. Había descansado poco, pero cuando durmió lo hizo profundamente, encontrándose paradójicamente fresco cuando abandonó el lecho. Pasó a la ducha, saliendo de ella revigorizado. Estaba terminando de vestirse cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó.

Fuster penetró en la estancia, tan cuidadosamente vestido como siempre, con la misma amable sonrisa en los labios.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —repuso el joven.

—¿Ha dormido bien?

Había un tono de extraña ironía en aquellas palabras que no pasó desapercibido a Lower; pero no hizo mucho caso, respondiendo alegremente:

—No he dormido mucho, pero he descansado bastante.

—Me alegro.

—Muchas gracias.

Terminó de ponerse la bata y se disponía a dirigirse a la puerta cuando el otro le detuvo con un gesto.

—Un momento, Bernard.

Lower frunció el ceño.

—¿Qué acurre? —inquirió, deteniéndose.

—Una cosa muy desagradable que ha pasado esta noche.

—¿De qué se trata?

Fuster reflexionó unos instantes; después explicó:

—Uno de ustedes ha intentado salir de aquí y ha matado a un hombre del pelotón de guardia nocturna del edificio.

Bernard estuvo a punto de decir que se había vuelto loco; pero pensó en Dan, como única persona capaz de hacer aquello. Y, a pesar de que le desagradaba, tuvo la habilidad de contenerse para contestar, con una aparente tranquilidad:

—¿Cómo está tan seguro de que ha sido uno de nosotros?

—Es obvio, amigo mío —repuso el otro—. ¿Quién, si no uno de ustedes

iba a matar a uno de nuestros hombres?

—¿Y quiere decirme para qué íbamos a matarlo nosotros?

—Porque el que ha sido intentó salir del edificio.

—¿Es que no podemos salir cuando queramos o insinúa que estamos prisioneros?

La pregunta turbó a Fuster.

—No es eso —dijo—. Lo que ha ocurrido es que alguien intentó salir de noche... para no sé qué.

—No puedo creer que Several o Fletcher sean capaces de matar a nadie.

—No ha podido ser nadie más.

Bernard frunció el ceño.

—Es una acusación que se me antoja demasiado gratuita... e inconveniente —repuso—. No creo que sea una buena táctica crear susceptibilidades de ese género entre nosotros. Después de todo, y me apena tener que decir esto, hemos venido voluntariamente para ayudarles.

—Es cierto.

—¿Entonces?...

—De todos modos, he de saber quién ha matado a ese hombre.

—¿Cómo ha sido?

—Le tiraron desde este piso abajo, por una de las ventanas.

—¿Y quién era, exactamente, la víctima?

—Ya se lo he dicho antes: un miembro de la guardia nocturna.

—No lo entiendo. ¿Sospecha usted de alguien?

—Sí.

—¿De quién?

—De su amigo el periodista.

—No habrá hecho nada contra él, ¿verdad?

—Todavía no.

—¿Qué quiere decir con eso de todavía? Usted mató a un hombre en la Tierra y no se lo hemos echado nunca en cara.

—No es lo mismo. Yo eliminé a un canalla que intentaba abusar de usted; no lo olvide.

—Bueno. Creo que tiene usted razón. Voy a hablar con mi amigo Dan. Pero le prohíbo que haga nada contra él.

—¿Y si hubiese sido el asesino?

—¡Imposible! Conozco a Dan y no olvide que casi es hermano mío.

Fuster reflexionó unos instantes.

Luego concedió:

—Está bien. Hable con ese hombre y dígame después lo que sepa. Procuraremos evitar que este lamentable hecho se repita.

Bernard contestó:

—Eso es hablar de una manera más razonable. Voy ahora mismo.

—Le espero en el laboratorio.

—Bien.

Bernard abandonó la estancia, dirigiéndose hacia la que ocupaba el prometido de su hermana. Tenía un verdadero caos en la cabeza; pero, sobre todo, no le había gustado nada la actitud un tanto dictatorial de Fuster que jamás había hecho gala de aquella insolencia que tanto molestaba al joven.

Llamó a la puerta y fue Dan personalmente quien le abrió, después de preguntar quién era.

—Pasa —dijo, haciéndose a un lado.

Lower obedeció.

Y, de sopetón, le preguntó:

—¿Has matado tú al guardián?

—¿Yo? ¿Estás loco? —exclamó el otro, al mismo tiempo que se llevaba el índice a los labios.

Y ante el gesto interrogativo del ingeniero, el periodista le cogió por el brazo, llevándole hasta un rincón donde le mostró una curiosa instalación de micrófonos ocultos.

—Yo no he sido —dijo en voz normal—. ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—¡Fuster!

—Ese hombre no sabe lo que se dice.

Pero, al mismo tiempo, se había apoderado de un bloc de papel y escribía velozmente en él unas palabras.

«Sigue hablando en voz alta, pero lee esto, al mismo tiempo. Es muy importante.»

Bernard leyó:

De aquel modo, prosiguieron una conversación sin importancia; pero Dan iba comunicando por escrito lo que había acontecido la noche anterior, su salida a la calle, lo que había hablado con el muchacho y toda la falsedad de lo que Fuster les había hecho creer hasta el momento.

La expresión del rostro de Bernard, a medida que leía lo que el otro iba escribiendo, manifestaba palpablemente su incredulidad; pero su amigo terminó por convencerle del todo cuando escribió:

«Te juro por Judit que todo lo que te he contado es cierto. Hemos de tener muchísimo cuidado. Yo creo que debes hablar con el profesor Several y comunicarle todo esto. Hay que encontrar la manera de salir de aquí. Yo creo, por lo que he visto en el garaje, que podrías poner en marcha el mecanismo para llevarnos a nuestro planeta. ¿Qué te parece?»

Bernard asintió y, tomando el lápiz y el papel, escribió:

«Estoy de acuerdo contigo. Hemos sido miserablemente engañados. Hablaré con Harry. Tú ten mucho cuidado, ya que sospechan de ti. Diré a Fuster que para evitar tus salidas, sin creer del todo en ellas, te llevaré conmigo, a mi habitación y vendrás a ayudarme al laboratorio.»

Al mismo tiempo hablaban en voz alta, y Dan juraba y perjuraba que no había abandonado la habitación y que estaba de acuerdo con Bernard en creer que aquella pobre gente debía ser ayudada para luchar y vencer a los

marcianos.

Finalmente, Lower dijo en voz alta:

—Bien, te creo, Dan. Nunca pensé que fueras capaz de matar a nadie. De todos modos, voy a proponer a Fuster que te deje venir a ayudarme al laboratorio. Además, para evitar sus sospechas y para que tenga plena confianza en nosotros, de hoy en adelante dormirás en mi habitación, donde haré que instalen otra cama.

—Como tú quieras.

Bernard abandonó a su amigo, dirigiéndose al laboratorio donde encontró a Fuster.

Le daba repugnancia tener que contar lo que el otro, sin ningún género de dudas, había escuchado ya. Pero lo hizo, aparentando un asombro enorme al decir que no podía concebir cómo Fuster había sospechado de Dan.

—No lo entiendo —dijo, finalmente el hombre de los cabellos plateados.

—¿Dejará usted que Dan venga conmigo? Se aburre mucho y, además, quiero tenerlo a mi lado.

—Es una magnífica idea. Puede empezar a trabajar esta misma tarde.

—Gracias.

Bernard se quedó solo con los técnicos, que ya estaban esperándole, y se puso a trabajar, pero con la conciencia de que su labor no debía progresar definitivamente. Logró, con una facilidad pasmosa, engañar a los técnicos de Geo Dos, haciéndoles creer que se estaba acercando a toda velocidad a la solución de su aparato.

Pero no hizo nada práctico.

Cuando llegó el mediodía, fue en busca de Dan, llevándoselo al comedor donde, momentos más tarde, se les reunía el profesor Several.

Harry frunció el ceño al ver al periodista, que era la primera vez que comía con ellos, pero no dijo nada.

Lower rompió el silencio que se había hecho.

—¿Cómo van sus trabajos, profesor? —inquirió.

—¡Oh, muy bien! —repuso el biólogo—. Hoy hemos empezado a probar la acción de los microbios de este planeta en los tejidos que recogieron de los marcianos.

—Y ¿qué?

—¡Verdaderamente fantástico!

—¿Qué quiere usted decir?

El profesor explicó:

—Que los microbios de este planeta terminarán en un abrir y cerrar de ojos con los invasores. No puede usted imaginarse, Bernard, la receptividad del organismo marciano a esos bacilos. Basta una pequeñísima dosis para conseguir una infección inmediata.

—¿No decía usted que ese trozo de carne marciana era idéntico al nuestro?

—Sí.

—¿Y no piensa en el peligro que significaría que esos bacilos llegasen

hasta nuestro planeta?

—Naturalmente que lo he pensado. Y debo decir que me ha dado pánico imaginarlo. Fíjese si me ha preocupado que pienso decir a nuestro amigo Fuster que tendrán que desinfectar cuidadosamente el coche cuando volvamos a la Tierra.

Dan sonrió, pero no despegó los labios.

—Además —siguió diciendo el profesor—, esta tarde me ha prometido darme cepas de microbios muchísimo más virulentos de lo que hemos ensayado hasta ahora.

—Me alegro mucho —repuso Bernard— que sus trabajos vayan tan bien.

—¿Y los suyos, muchacho?

—Justamente deseaba hablarle de eso. Creo que estoy llegando al final de mis experimentos. Es muy posible que hoy o mañana haya ultimado mi aparato.

—Maravilloso.

—Entre usted y yo vamos a proporcionar a nuestros amigos las armas que acabarán con los marcianos.

—Desde luego.

Bernard sacó unos papeles del bolsillo.

—Lea usted esto, profesor. Verá hasta qué punto he avanzado en mis trabajos.

—Pero ¡yo no entiendo nada de electrónica!

—Es igual. Lo he puesto en un lenguaje de vulgarización que entenderá usted con suma facilidad. Sobre todo, lo que le causará mayor sorpresa serán los esquemas. Son clarísimos.

Y tendió los papeles a Harry.

Éste los cogió, leyendo la primera frase, que le hizo fruncir el entrecejo.

Decía así:

«Cuidado. ¡No se sorprenda! Hay muchos micrófonos escondidos con los que están oyendo todo lo que estamos diciendo. No demuestre su sorpresa y lea tranquilamente. Lo que va a saber es fundamental para nosotros...»

Several miró al joven, pero después se hundió en la lectura detenida del mensaje que Bernard había escrito aprovechando un momento de descanso mientras trabajaba en el laboratorio.

En él se contaba todo lo ocurrido a Dan la noche anterior, además de algunas ideas muy importantes, de la propia cosecha de Lower, sobre todo aquélla en la que se decía que era muy posible que el trozo de carne «marciana» no fuese, en verdad, más que un pedazo del cuerpo de un humano de la Tierra.

«¿Qué clase de horrible trabajo nos están haciendo hacer, profesor? —terminaba diciendo Bernard—. ¿No le parece sospechoso todo esto? Es como si deseasen que fuésemos nosotros mismos los que les facilitásemos una entrada en la Tierra. Reflexione, por favor, y cuando me haya devuelto estos papeles, retarde su trabajo de investigación en lo que pueda. Esta noche nos

reuniremos los tres en mi habitación y cambiaremos impresiones por escrito mientras en voz alta conversamos de cosas intrascendentes.»

Several devolvió los papeles a Bernard y, en voz alta, dijo:

—¡Estupendo! Ya le dije que entiendo muy poco de su especialidad, señor Lower, pero, por lo que veo ahí, está usted llegando al final de su experiencia. Es verdaderamente un aparato maravilloso.

—Gracias, profesor.

—¡Lástima no haberle conocido antes!

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Tiene usted razón. Estoy verdaderamente orgulloso de haberle conocido, señor Lower. Y también me alegro de tenerle a nuestro lado, señor Fletcher, a pesar del horror que he sentido siempre hacia los periodistas. Pero no todos son iguales, estoy plenamente convencido de ello.

Dan sonrió.

No podían ser más claras las palabras del profesor.

«Estoy con ustedes —estaba diciendo—. Y me pongo a su lado para escapar a la horrenda trampa que esos genocidas nos han tendido.»

Tomaron el café, charlando de mil cosas balacees.

Luego Harry, poniéndose en pie, dijo:

—Creo que es hora de volver al trabajo. Estoy impaciente por examinar los nuevos gérmenes que nuestro amigo Fuster me dará esta tarde.

—Bien —repuso Lower—. Nosotros vamos también al laboratorio. Hasta la noche, doctor. ¿Le parece que nos reunamos en mi habitación, después de cenar?

—¡Encantado! Así podremos cambiar impresiones sobre lo que hayamos hecho esta tarde. Hasta luego, amigos.

—Adiós, profesor.

Los dos jóvenes abandonaron a su vez el comedor, yendo al laboratorio donde Bernard siguió con la táctica usada durante la mañana, haciendo creer a los otros que estaba dando los últimos toques para el logro definitivo de su invento.

Y, en realidad, estaba trabajando de veras.

* * *

Bernard cerró la puerta de su cuarto.

Los otros dos, el profesor y Dan estaban ya sentados alrededor de una mesa donde, junto a las bebidas, se habían preparado sendos cuadernos y lápices con los que iban a «conversar» mientras lo hacían disimuladamente en voz alta.

Fue el doctor el primero que escribió sin hacer mucho caso de lo que los otros decían.

«Estoy plenamente convencido —escribió— que el amigo Dan ha descubierto la verdad. He oído decir hoy a uno de mis ayudantes, cuando creían que no les escuchaba, que la radiactividad de la atmósfera había

aumentado de una manera impresionante.

»—¿Está usted seguro? —inquirió Bernard.

»—Completamente. He sabido, de esa manera, que los espejos que hay sobre las azoteas no son tales espejos y que estas gentes jamás han sabido aprovechar la energía solar.

»—¿De qué se trata entonces?

»—De contadores del tipo «Geiger»

»—¡No!

»—Sí. Toda esta zona, que es la única que no ha sido bombardeada, está bajo el peligro de que los vientos provenientes de otras partes del mundo traigan a este continente la radiactividad mortal que cubre el resto de la Tierra.

»—Pero entonces ¿en qué piensan?

»—No lo sé. Creó que este edificio es el único de toda la ciudad que está protegido convenientemente contra la radiación.

Eso quiere decir que el resto de la población terminará víctima de los rayos «gamma», tarde o temprano.

»—Es posible.

Hubo un silencio.

En realidad, el silencio fue para el ruido de los lápices sobre el papel, ya que todos siguieron hablando de cosas intrascendentes.

Luego Bernard escribió en su cuaderno:

»—Tengo que decirles una cosa.

»—¿El qué? —inquirió el profesor.

»—He hallado la fórmula definitiva de mi aparato.

»—¡No!

Lower se levantó, yendo a por una cartera que había sobre el lecho. Luego, acercándose a la mesa, escribió:

»—Tengo aquí el primer ejemplar.

»—¡Estás loco! —escribió Dan—. ¿No te das cuenta de que es precisamente lo que ellos están esperando?

»—No he perdido la cabeza, amigos —repuso Bernard—. Si lo he hecho, ha sido para aprovecharme de todo lo que deseamos poseer para escapar de aquí.

»—No entiendo —escribió el profesor.

»—Está muy claro, señor. Vamos a necesitar este aparato para poner en marcha el mecanismo de uno de los coches. Además, quiero destruir el mecanismo de todos los demás, de modo a impedir que vuelvan a la Tierra.

»—¡Eso está bien!

»—Pero hay algo más aún.

»—¿Qué?

»—Voy a demostrarles ahora mismo que mi aparato es útil para muchísimas cosas.

Lo sacó de la cartera, levantándose para acercarse a uno de los micrófonos que había encontrado, con la ayuda de Dan, disimulados en la pared.

Colocó su aparato sobre el micrófono y maniobró en una serie de botones que aquella especie de tubo tenía a un lado.

El efecto sorprendente se produjo enseguida.

La voz de Fuster llegó hasta ellos:

—Podemos estar tranquilos, señores. Ya ven que ninguno de estos estúpidos consiguió salir fuera del edificio. Es muy posible que algún traidor haya entrado, pero habrá salido o estará escondido donde no tardaremos en encontrarlo.

Otra voz intervino:

—Pero la ciudad no sabe absolutamente nada.

—Bien. Creo, de todos modos —replicó el hombre de los cabellos plateados—, que debemos reunirnos en el salón de la planta segunda. Mañana es posible que esos imbéciles nos den el resultado de sus trabajos y que podamos actuar. ¿Vamos?

—Vamos.

Se oyeron unos pasos, mientras el profesor y Dan se miraban con expresión perpleja en sus rostros.

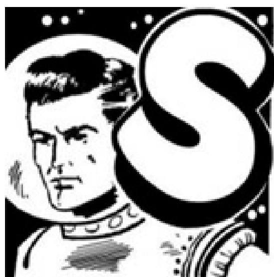
Luego Bernard, acercándose a ellos, dijo:

—Ya han visto ustedes que hemos sido engañados miserablemente.

—¡Cuidado! —advirtió Dan—. ¡No hables en voz alta!

—Ya no importa. Esos canallas han abandonado su cámara de escucha. No corremos peligro alguno y podemos decir lo que queramos.

CAPÍTULO IX



E hizo un silencio que el periodista rompió poco después:

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió.

—Irnos de aquí —dijo Bernard.

—¿Cómo?

—Seguiremos el camino que tú tomaste la otra noche. Pero ahora seremos tres y, si tenemos la mala suerte de tropezarnos con alguien, lo mataremos sin piedad.

—Estoy de acuerdo —dijo el profesor.

Abandonaron la estancia, destacándose Dan, que, con todo cuidado, se asomó a la escalera, haciendo luego una seña a sus compañeros para que avanzasen.

—No se ve a nadie.

—Mejor.

Descendieron cautelosamente, piso tras piso, pegados a la pared, pendientes del menor ruido que se produjera.

Pero cuando llegaron a la planta segunda, Bernard los detuvo.

—Un momento.

Y se llevó su aparato al oído.

Luego añadió:

—Vengan conmigo. Es aquí cerca.

Le siguieron.

Se había separado de la escalera, tomando uno de los pasillos profusamente iluminados. Seguía llevando el aparato pegado al oído y, de repente, lo aplicó a una pared, sonriendo misteriosamente.

—¿Qué ocurre? —inquirió Dan.

—Ahora lo oirás.

Apretó un botón y las voces del interior de la habitación se dejaron oír con toda claridad.

Hablaba Fuster:

—Debemos prepararnos, amigos míos. Haremos una serie de viajes en los coches especiales que tenemos en el garaje.

—¿Muchos?

—Unos cuantos. Todos los que sean necesarios.

—¿Cuántos vamos a ir, finalmente, a la Tierra?

—Doscientos. Son nuestros hombres de confianza. Primero iremos nosotros con unos cuantos de ellos. Después volverán los conductores a por los demás.

»Hemos de darnos prisa, ya que la radiactividad aumenta de una manera tremenda y, dentro de unos días, la ciudad empezará a padecer enfermedades horribles.

—Fue un error hacer la guerra.

—¡Bah! Hicimos bien. Lo malo es que no calculamos los efectos de la gigantesca radiactividad que produjeron nuestros proyectiles atómicos. Esperábamos controlarla, pero todo nos ha salido mal.

—¡Menos mal que descubriste la manera de ir a la otra Tierra!

—Sí, fue una verdadera casualidad. Ya sabéis que fue el profesor Umbert quien perfeccionó la máquina. Por desgracia, el muy imbécil se empeñó en ir a ver a su familia que estaba en Berlín y allí murió, seguramente desintegrado. Fue una pena, desde nuestro punto de vista, ya que podía haber preparado unos cuantos cientos de coches equipados con los mecanismos para ir a Geo Uno.

»Pero tenemos bastante. Y ahora, que vamos a llevar la máquina descubierta por ese Bernard, lograremos lo que queramos. Paralizando la industria de la Tierra, conseguiremos hacernos los dueños del planeta. Y por si alguien se opone a nuestros deseos, llevaremos bastantes microbios de nuestro planeta para exterminar a los rebeldes.

—¡Magnífica idea!

—Confieso que creía que iba a ser mucho más difícil de lo que ha sido engañar a esos terrícolas del planeta gemelo. Son inteligentes, pero se dejan llevar por el sentimentalismo.

—El más peligroso ha sido el periodista.

—Sí, porque no estaba interesado en los problemas científicos que absorben a los otros.

—También temí que el profesor Several se diese cuenta de que la carne que estudiaba pertenecía a un ser humano que maté en uno de mis viajes.

—Lo de los marcianos fue una maravillosa idea.

—Desde luego.

—Mañana prepararemos la primera expedición, en cuanto Lower nos haya explicado el manejo de su invento.

—¡Yo tengo unas ganas locas de salir de este mundo podrido!

—Y todos. Fue una suerte aislar completamente este edificio. Hay que pensar que la radiactividad empezará a hacer de las suyas de un momento a otro.

—Sí, es cierto.

—Pero nosotros estaremos muy lejos de aquí cuando eso suceda. Y si la gente se muere por las calles e intenta, como lo intentará, asaltar este edificio,

lo encontrarán vacío.

Lower desconectó el aparato de la pared.

—¿Han oído bastante? —inquirió.

—¡Es increíble! —dijo el profesor.

—¡Menuda banda de granujas! —exclamó Dan, más vehemente.

—¿Seguimos?

—Sí.

Continuaron su camino, descendiendo los escalones con más prisa que lo habían hecho hasta entonces.

También ellos deseaban alejarse cuanto antes de aquel mundo condenado a la peor de las muertes, tras horribles agonías.

Una vez en el garaje, eligieron uno de los vehículos, cuyo aparato especial estudió rápidamente Bernard, encontrando enseguida la explicación de su manejo.

—Ya lo tengo —dijo.

—¡Eres un tío grande, cuñado! —exclamó Fletcher con admiración.

Bernard sonrió.

Pero tenía algo que hacer antes y, ayudado por sus dos compañeros, levantó la tapa del motor de cada uno de los otros coches, modificando el funcionamiento de los aparatos especiales, que inutilizó para siempre.

—Vamos al nuestro —dijo después.

Lo hicieron.

Sentado junto al volante, Bernard enfocó su aparato a las monumentales puertas de acero.

—Veremos si resulta como espero —musitó.

Apretó uno de los botones, cambiando el sistema electrónico que las abría. Su maravilloso aparato dio resultados inmediatos.

Las puertas se abrieron.

Dejando el aparato sobre el asiento, entre él y Dan, ya que el profesor iba sentado atrás, Lower se apoderó de los mandos, poniendo el vehículo en marcha.

Momentos después salían del edificio, tomando la carretera que se dirigía hacia el norte.

Una emoción indescriptible les embargaba.

Hubieran deseado decir algo, pero la negra carretera que siguió a la ciudad les hizo pensar en los momentos determinantes que se estaban acercando.

Sin dejar de acelerar, Bernard se volvió un poco hacia Harry.

—¿Preparado, profesor?

—Preparado.

—¿Y tú, Dan?

—¡Preparado!

—Bien. ¡Allá va!

Y pulsó la palanca que ponía en marcha el aparato descubierto por aquel, pobre hombre de ciencia que pagó con su vida su amor a los suyos.

Una vibración horrenda les rodeó, obligándoles a cerrar los ojos. Luego pareció que se hundían en un abismo sin fin, en el vado. Como si cayesen en la nada...

EPÍLOGO

Bernard fue el primero en abrir los ojos. Y tuvo suerte, ya que se encontró al lado izquierdo de la carretera, de cara a otro coche que venía velozmente hacia el suyo.

Lo esquivó en el último instante, casi de milagro.

Y el conductor del otro vehículo, asomándose airado por la ventanilla, gritó:

—¡Idiota! ¡Animal! ¡A ver si bebemos un poco menos!

El joven sonrió,

Nunca le había parecido tan maravilloso aquel lenguaje crudo de un conductor enfadado. Y de haber podido, le hubiese dado las gracias, aunque el otro seguramente le hubiese tomado por loco.

—¿Dónde estoy?

Era la voz de Dan, que volvía en sí.

—En casa, amigo.

—¿De veras?

Poco después despertaba el profesor, haciendo las mismas preguntas. Pero esta vez no fue necesario que Bernard contestase. Un letrero luminiscente, a la derecha de la carretera, decía claramente las más hermosas palabras que habían leído jamás;

A NUEVA YORK
6 MILLAS

Bernard apretó el acelerador.

Estaba empezando a amanecer.

Y allí abajo, en un fondo magnífico, se recortaba ya claramente la silueta de la ciudad, con sus edificios archiconocidos, cada uno de ellos con su personalidad indiscutible.

—¡Nueva York! —exclamó Dan, con arrobo.

—Sí —repuso el ingeniero—. Estamos de vuelta, aunque, de todos nosotros, el único que debe preocuparse soy yo.

—¿Por qué? —inquirió el profesor.

—Porque la policía debe de estar buscándome todavía.

—No te preocupes —dijo Dan—. Es preferible pasar un año en Sing-Sing antes que diez segundos en aquella ciudad monstruosa.

—Una cosa —advirtió Several—: se me olvidaba decirles que es conveniente que no digamos nada de lo que se nos ha ocurrido. Sobre todo —y sonrió—, usted, amigo Fletcher.

Dan soltó una carcajada.

—¡No tema nada, profesor! ¿Cree que voy a ir a decir algo en el periódico

de lo que nos ha pasado? Me meterían de cabeza en una camisa de fuerza. No olviden que ya tuve que hacerme pasar una vez por loco, cuando hablé con aquel muchacho de la otra Nueva York. Y no me gustó nada el papel que tuve que hacer.

Rieron.

Poco después llegaban a la ciudad y, al ver a un muchacho que vendía periódicos, Bernard detuvo el coche, encontrando en su pantalón unos centavos con los que pagó al chico.

—Voy a echar una ojeada —dijo.

Pero casi enseguida se puso a reír, tendiendo el periódico a Dan.

La policía comunicaba haber descubierto profusas huellas dactilares en la habitación del dueño del casino, huellas que no coincidían en absoluto con las del joven ingeniero. Además la policía rogaba a Bernard Lower que se presentase en su casa, ya que ninguna acusación pesaba sobre él.

«Puede regresar a su domicilio cuando lo desee —decía el periódico—, así como su amigo, el periodista Dan Fletcher, que debe de estar escondido con el que muy pronto será su cuñado...»

—¿Qué te parece?

—¡Magnífico!

Lower se volvió hacia Harry:

—Nadie se preocupa de usted, profesor.

El viejo sonrió.

—No, y es natural.

—¿Por qué?

—Porque un hombre como yo, que no sale de su laboratorio más que para dar clase, y muchas veces envío a mi ayudante a hacerlo, pasa fácilmente inadvertido.

—Es cierto.

Penetraron en el corazón de la ciudad.

Bernard sugirió:

—Creo que debíamos ir a casa los tres, para desayunar con Judit. Luego tenemos que charlar.

—¿De qué?

—De este coche. ¿No debemos destruirlo?

—¡Evidentemente!

—Bien. Desayunaremos juntos y luego, si les parece, daremos una vuelta, con mi hermana, por la ciudad. Quiero ver si todo sigue igual.

—Pero ¡si no hemos faltado de ella más que tres días!

—Es lo mismo. ¿No le parece, profesor?

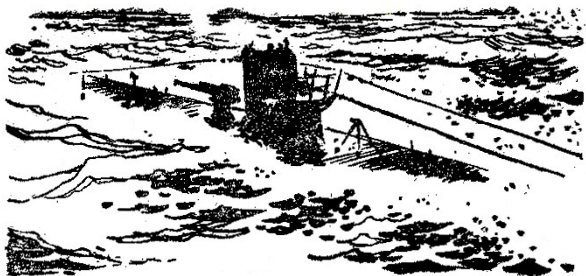
—Yo, si me lo permiten —repuso el sabio—, iré a desayunar con ustedes y regresaré luego a la universidad. Deseo volver a mi clase y hablar de nuevo a mis alumnos, a los que, por un momento, creí no volver a ver más.

—Es natural. Y es que este viejo mundo, con todos sus defectos, es algo maravilloso... porque es nuestro. En cuanto a Geo Dos...

Dan se llevó el índice a los labios.

—¡Silencio! —exclamó—. Todo eso no ha sido más que una pesadilla que, como casi todas las pesadillas, tienen la ventaja de ser olvidadas cuando se despierta uno... ¡Y yo no puedo estar más despierto!

FIN



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas...

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares...

Aguardando la muerte en el fondo embarrado de una trinchera...

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD. DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

COLECCIÓN

HAZAÑAS BÉLICAS

le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero...

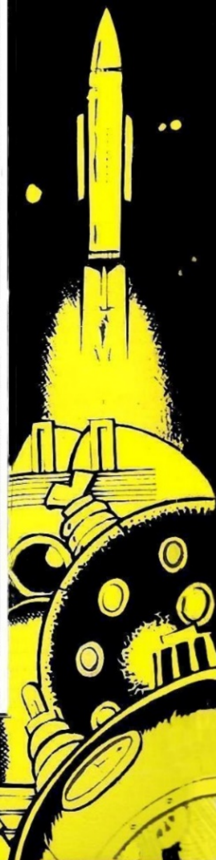
SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

COLECCIÓN

HAZAÑAS BÉLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspense.





Escena de la película DINOSAURUS
(Universal)

Precio en España: 7 ptas. En Argentina: 11 pesos